

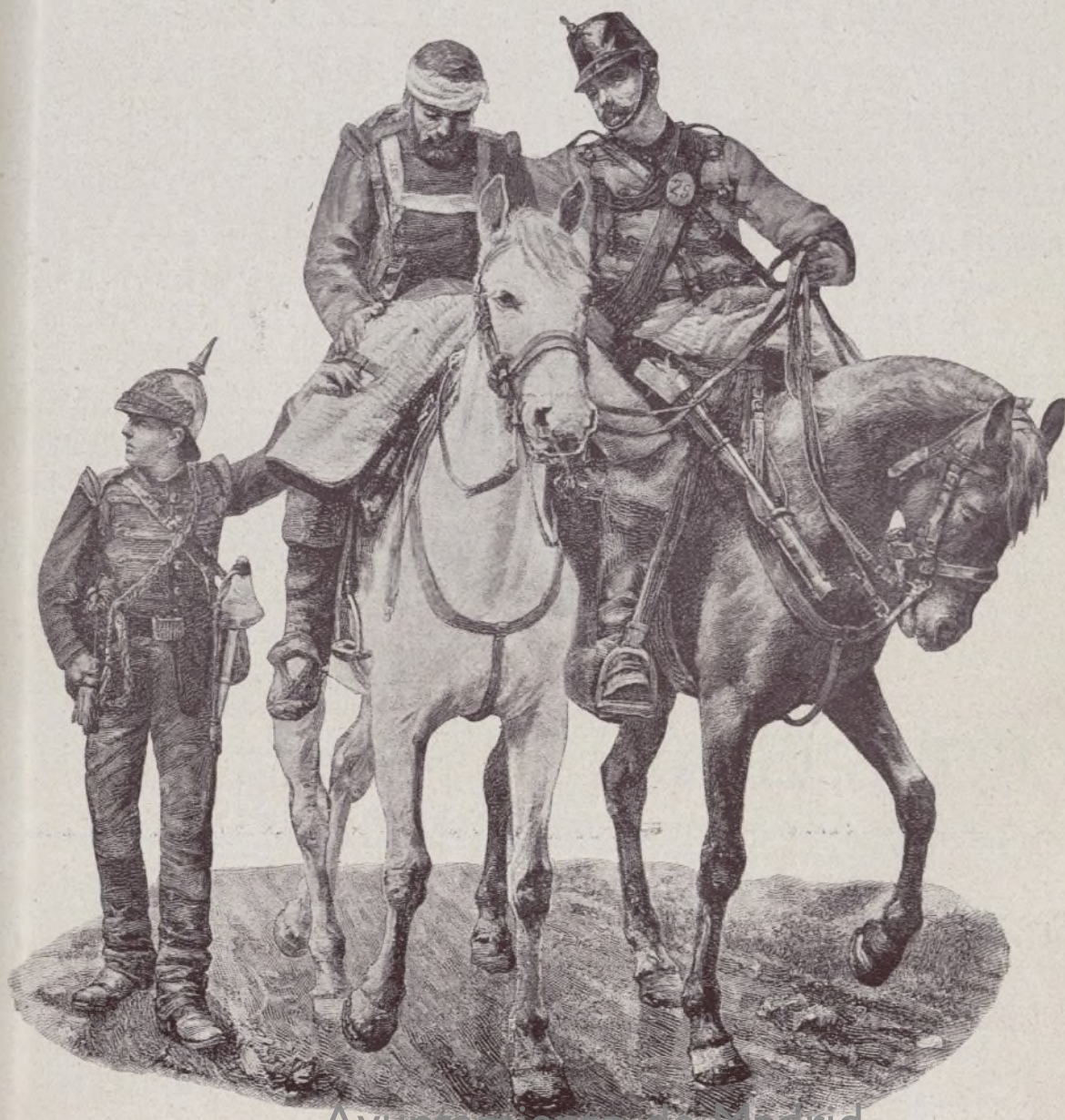
MADE IN

DIRECTOR PROPIETARIO

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

15 DE MAYO DE 1924

AÑO V. NÚMERO 79



Ayuntamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



Fabricantes: ESPERANZA Y UNCETA
 GUERNICA (VIZCAYA)
 DELEGACIÓN GENERAL A. V. DE BERNABÉ
 DUQUE DE OSUNA. 3.ª MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército
 Unica reglamentaria en la Marina de Guerra
 Unica reglamentaria en el Cuerpo de
 Carabineros, en el Cuerpo de prisiones y
 para los Jefes y Oficiales de la Guardia
 civil

CALIBRES, 9 [mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazo
 estas pistolas por conducto de

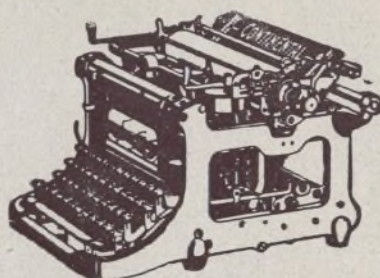
ARMAS Y LETRAS

PEDRO ANDION

IMPERIAL, 8 Y 16, Y BOTONERAS, 8
 TELÉFONO 14-87 M.

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cutíes y terlices para colchones.—
 Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes
 para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.—Gutaperchas.—
 Lanillas para banderas.

LA MAQUINA DE ES-
 CRIBIR QUE REUNE
 TODOS
 LOS ADELANTOS
 MODERNOS



PIDANLA A PRUEBA
 A LOS CONCESIONA-
 R OSEXCLUSIVOS para
 ESPAÑA, PORTUGAL
 y MARRUECOS

ORBIS, (S. A.)

MADRID: Hortaleza, 17.—Teléfono 44-58 M.
 BARCELONA: Balmes, 12.—Teléfono A. 458
 VALENCIA: Mar, 8.
 BILBAO: Ledesma, 18.
 PALMA DE MALLORCA: Quint, 7.
 SEVILLA: Rivero, 7.
 TOLEDO: Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden
 máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

CALCULADORAS

ALQUILER

Taller de reparaciones de toda clase. —:— Accesorios para todos los sistemas.

Especialidad en Muebles de Oficina —:— —:— —:— PIDAN PRESUPUESTOS

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*,
33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del monte. Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono, 24-85 M
Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas, acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen ahonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis

El Arca de Noé

ALMACEN DE PAPEL
OBJETOS DE ESCRITORIO

Libros Rayados - Stilográficas Garantizadas - Papel de Hilo y Algodón

SOBRES DE TODAS CLASES Casa Especializada en Sumi- VENTAS POR MAYOR
—::— Y TAMAÑOS —::— —::— nistro de Oficinas —::— —::— Y DETALL —::—

CORREDERA BAJA, NUM. 39 Precios muy económicos — SUCURSAL —
— TELÉFONO, 44-79 M — CALLE DEL PEZ, NUM. 2

Al militar que viaja le conviene saber que en Madrid existe la **Pensión Castillo**
Vergara, 6, principal :: :: (Sucursal: Pasadizo de San Ginés, 6)
PENSION DESDE 8 PESETAS :: COCINA ESMERADA :: CUARTO DE BAÑO
CASA ESPECIAL PARA MILITARES



SASTRERÍA
MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

ESTABLECIMIENTO DE
JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID. Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos
con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BAN-
DERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHA-
RRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES,
CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—
SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BOR-
DADOS.— BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ES-
TRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES
Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLI-
NES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando Altolaguirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor, Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído, nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las untas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

un buen supete
hace un buen
Caballo
Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata

• II TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN II •

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

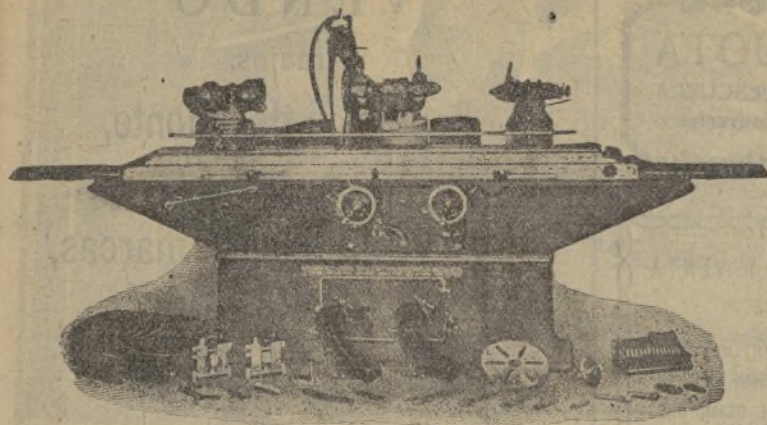
Calle del Clavel, 8 MADRID Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA delas VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

Maquinaria y Herramientas

S. A. M. FENWICK — Consejo de Ciento, 421 — BARCELONA —

Instalaciones completas para talleres de construcción y reparación y fundiciones de hierro y acero.



Rectificadora "BROWN & SHARPE"

Máquinas de roscar en roscas de madera—::—Aparejos de elevación «YALE»

GRANDES EXISTENCIAS EN NUESTROS ALMACENES ————— ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

PÍDASE EL CATÁLOGO DE HERRAMENTAL

Maquinaria especial para toda clase de trabajos del hierro.

Compresores y herramientas neumáticas.

Aparatos eléctricos de taladrar.

Aparatos de rectificar, eléctricos, aplicables a torno.

Maquinaria de trefilería y trabajo del alambre.

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL (CASA DEL VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18 — MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército — SE PAGAN —
Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España ALTOS PRECIOS

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,

CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. e Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Planos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 — TELÉFONO 197 — MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-uritarios.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acreditada para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Gorner.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. —Teléfono M 4.205.—MADRID

Escopetas. Artículos para caza y viaje. Objetos para regalos. Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y mantillas de encaje.

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. ● ● ● Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. MADRID

Zalleres: Zutor 1, y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

EFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Piadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar



El "Pianola-Piano"

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de
TODOS LOS GRANDES MUSICOS CONTEMPORANEOS

EL "PIANOLA"-PIANO

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,
 de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas

INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES .

y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

THE ÆOLIAN COMPANY

S. A. E.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

[SANTIAGO SANCHEZ QUINONES]



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

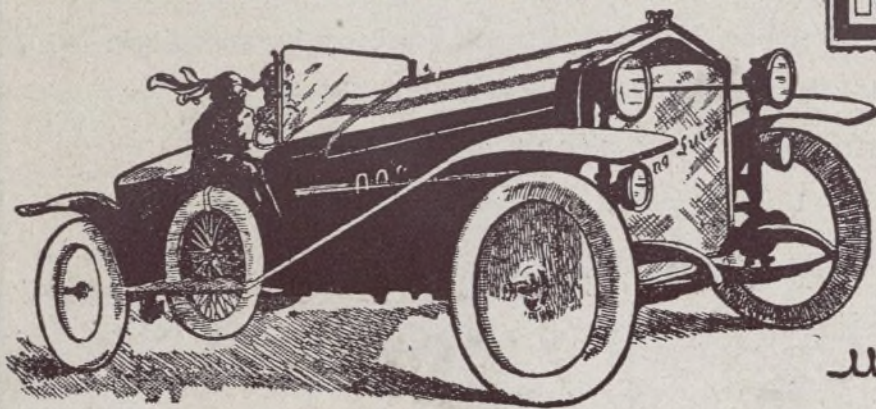
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Quinones



UN RETRATO DE PRIM EN EL MUSEO DEL LOUVRE

Las veces que en París he estado, raro fué el día que por la mañana no me daba una vueltecita por el Museo del Louvre. El parisién madruga para acudir a sus ocupaciones, y los forasteros, españoles y americanos, sobre todo, por punto general se han pasado parte de la noche aburriéndose en los *cabarets* más o menos lujosos, en los cafés conciertos, en *Luna Park*, *Mafic City* y otros sitios por el estilo, dejándose inocentemente una porrada de francos para que después las sacerdotisas de aquellos lugares se rían lindamente de ellos. En cambio, cuando regresan al terruño, cuentan las estupendas conquistas que hicieron, y aun cuando hayan viajado como maletas, pueden dar pelos y señales del *Moulin Rouge*, el *Chat Noir* y otros honestos lugares de Montmartre.

De aquí que los grandes bulevares sean por la mañana, como decía el gran *Lagartijo* cuando se pasearados a piedra y lodo mientras se trabaja en ellos, a los sitios donde andan militares no hay medio de acercarse sin que le tomen por *espión* a los cinco minutos, para quienes, como al cronista, sólo le interesaban de la vecina nación los asuntos de re-militar, las mañanitas se las traían por los aburridas.

Afortunadamente, el Louvre era un recurso para agradablemente matar las interminables mañanas. Entre ver cómo echa de comer a los gorriones el vejete que hace no sé cuántos años se entretiene en esta faena para que los turistas le larguen unas perras y huronear por las salas, pasaban rápidamente las horas hasta la del almuerzo.

Y además de rápidas, pasaban produciéndome sensaciones agradabilísimas. Sentado frente a la *Concepción*, de Murillo, desde allí, además de contemplar la sin par obra de nuestro pintor sevillano, dominaba los lienzos de pared ocupados por los no pocos cuadros de Goya, de Velázquez y del Greco que atesora el gran salón del Louvre.

Veía cómo las bandadas de turistas, por parejas y *Bedecquer* en mano, o por grupos, bajo el mando de un guía que salmodiaba el título, asunto y nombre del pintor, se detenían extasiados ante las inmortales obras de los colosos de la pintura española.

De aquella admiración creía yo que nos tocaba algo a cada español, y cuando les veía abrir bocas de a palmo y extasiarse ante los cuadros, me daban ganas de decirles: «¡Así las gastamos nosotros!» Y desde mi asiento podía contemplar también los grupos for-

mados ante un cuadro, donde se destaca una de las figuras más sobresalientes de nuestra historia político-militar. En el salón de la Rotonda, sobre una puerta y excelentemente colocado, está el retrato ecuestre de D. Juan Prim, pintado por Regnault.

De factura irreprochable, maravilloso de colorido y trazado con la valentía que podrás ver en el grabado, el caudillo de los Castillejos obliga a detenerse para contemplarle a cuantos desfilan por el Louvre. Al caballo se le ve materialmente tascar el freno, y la gallarda figura del jinete se sale materialmente del lienzo.

¿Cómo está este cuadro en el Louvre? La historia merece ser conocida.

Sabido es que a Prim, emigrado, le costó no poco trabajo encontrar auxiliares y dinero para llevar a cabo la conjura cuyo remate fué la revolución de 1868.

Entre las personas que le ayudaron entonces figuraban los condes de Bark, matrimonio que había conocido en Bruselas. El conde era un sueco, y la condesa francesa, hija de militar, y ambos apasionados ba: *jolivares* arriba y *jolivares* abajo, una completa *esaborición*. Y como los Centros oficiales están ce-por las conspiraciones. Con Prim convinieron en que para entrar en España el general haría el papel de ayuda de cámara del conde, y mediante esta estratagema Prim vino a Madrid con los condes de Bark. Por aquella época se hallaban también en la corte dos pintores franceses: uno de ellos era Regnault, ya famoso, aunque tan joven, que había venido a España a hacer una copia del cuadro de *Las lanzas* para su envío de pensionado en Roma; y el otro era Beau-nier, autor de un libro publicado con el título de *Recuerdos de un pintor*, del cual son estos pormenores. Casi constantemente estaban con ellos la duquesa de Colonna, notable escultora, y a la cual se debe, entre otras obras, la *Piedad*, de bronce, que hay al pie de la escalinata de la Gran Opera de París, y la condesa de Nadaillac, excelente acuarelista.

Por estas damas supo Prim, sin duda, la presencia en Madrid de pintor tan excelente como Regnault, y un día éste, hallándose en su estudio, fué sorprendido por la visita del conde y la condesa de Bark, que iban a preguntarle si quería hacer un retrato de Prim a caballo, puesto que el pintor había tenido ocasión de presenciar la triunfal entrada del general en Madrid.

Aceptó el pintor; pero como el caudillo disponía de

poco tiempo, después de trazadas las líneas generales del cuadro, Prim envió a Regnault el uniforme que vestía el día que entró en Madrid.

El pintor Beamier cuenta a este propósito:

«Yo era el que servía de modelo en la ausencia del general, poniéndome para ello su uniforme, el cual, por cierto, no me sentaba nada bien, porque Prim tenía menos estatura que yo y era más estrecho de hombros. Como había que representar al héroe a caballo, yo me montaba en un barril que poníamos sobre dos sillas; unas cuerdas me servían de estribos. Un día que me encontraba en esta disposición, la mano que tenía caída tocó un bulto en la levita del uniforme; algo como un objeto duro cosido en el forro. Eramos curiosos y no pudimos resistir la tentación de ver qué era aquello. Descosimos el forro, poniendo en ello el mayor cuidado para no dejar rastro de nuestra operación, y encontramos una bolsita. ¿Qué había dentro de ella? Una medalla de la Virgen y un trocito de vela de cera.»

Para modelo del caballo facilitaron al pintor uno soberbio, andaluz, de gallardas crines, procedente de las caballerizas reales. La espuma alrededor del bocado, la pintó Regnault echando espuma de jabón sobre la boca del caballo, sobre el lienzo mismo, y pintándola a medida que se disolvía.

El cuadro no gustó a Prim. Fué éste a verlo cuando ya estaba casi terminado, y he aquí cómo refiere su visita el autor de *Recuerdos de un pintor*:

COSAS Y CASOS

Un joven repetía todos los días a su novia:

—¡Yo te amo..., Julia! ¡Te amo..., te amo!...

Cansada la niña de oír siempre lo mismo, le dijo un día:

—Dime, Ricardo: en el verbo amar, ¿qué tiempo es *yo te amo*?

—Es la primera persona del presente indicativo.

—Vaya, se conoce que has olvidado la gramática: te has lucido.

—Pues ¿qué tiempo es?

—Tiempo perdido.

El general Junot, en un acceso de cólera, acometió a un subalterno, pegándole con el bastón por una leve falta de disciplina.

El oficial, sin poder contenerse, sacó una pistola y le descerrajó un tiro.

Por fortuna, sólo salió el fogonazo.

Entonces dijo el general con la mayor sangre fría:

—Señor oficial, vaya usted arrestado tres días al cuarto de banderas para que otra vez lleve usted sus armas corrientes.

El conde de Soissons, muerto en la batalla de Marfeá, dada en Sedán en 1641, tenía toda la barba roja.

Estando en su casa de campo, donde se hallaba

«Se mostró tan frío, tan glacial, después de ver el lienzo, que Regnault le preguntó si tenía que hacer algunas observaciones. El general torció el gesto. No estaba contento. ¿Por qué le había puesto alrededor toda aquella gente? Prim era en el fondo muy aristócrata, y tuvo una manera muy despreciativa de pronunciar la frase «aquella gente». Regnault se disculpó diciendo que aquella era la gente que había visto rodeando el caballo del general a su entrada en Madrid. Prim hizo un nuevo gesto de desagrado. Además, el pintor había puesto un mechón de pelo sobre la frente de Prim; la cosa desagradó a la señora de éste, la cual hizo presente que su marido no era tan descuidado que fuese sin peinar por las calles.»

Resultado, que Regnault se quedó con el cuadro, el cual fué a parar al Louvre, donde hoy es uno de los cuadros más célebres.

Tal es, lector, la historia del famoso cuadro, del que no tengo noticias haya en España ninguna mala reproducción, pero del que, si yo fuese Ministro de la Guerra, habría encargado una buena copia a tanto pensionado español como por París desfilan.

El dinero gastado en ello estaría mejor empleado que el invertido en tanto asesinato pictórico como los que *embellecen*, por regla general, las paredes del palacio de Buenavista.

EQUIS.

Enrique IV, que había ido para una partida de caza, preguntó delante del rey al jardinero, que era eunuco:

—Dime, muchacho: ¿por qué no tienes barba?

—Haciendo Dios la distribución de las barbas—respondió el jardinero—, llegué yo cuando no quedaban más que rojas para escoger, y preferí no tener barba a llevar una de ese color, que es la de Judas.

En un periódico de New-York hemos leído la siguiente anécdota:

«Dos sabios, sentados a la mesa uno al lado de otro, se ocupan en redactar un programa de gobierno, cuando uno de ellos siente que le pica una pierna y suelta la pluma para rascarse; pero estaba tan distraído, que, en vez de rascar la suya, rascó la pierna de su compañero.

Este, creyéndose rascar él mismo, cesó de escribir inmediatamente.

Un caballero fué a visitar a una gran señora acompañada de un perro muy mono. Como el animalito se permitiese orinar en una preciosa cortina de damasco, la señora dijo:

—Creo que su perrito intenta hacer algún desaguisado.

—No tema usted nada—contestó el caballero—, porque trae bozal.



LA PULSERA

—¡Qué te más rico!
—Es muy bueno, ¿verdad?
—Riquísimo. ¿Dónde lo compras?
—No sé. Me lo ha regalado Paulina Insúa. Pero si tienes interés...

—¡Ya lo creo! Es verdaderamente exquisito. ¡Y con lo que a Federico le gusta!

—¡Ah! Pero ¿a tu marido le gusta el te?
—Muchísimo. Además, lo toma por prescripción facultativa, para adelgazar. ¡Y si vieras qué bien le sienta!

—¡Ah! ¿Sí?
—Es un remedio infalible.
—En efecto: estás más delgada.
—¿Quién?... ¿Yo?... No... Lo mismo.
—No, no: estás mejor, muchísimo mejor. ¡Ya lo creo! Estás muy bien ahora.
—Mujer, no digas...

Tenía razón. Todavía estaba demasiado gruesa, «un poquitito demasiado gruesa». De sobra lo sabía ella y bastante hacía la pobre por evitarlo, sujetándose resignada y sumisa a toda una serie de torturas, que empezaban por el corsé, seguían por el plan nutritivo y terminaban con las poleas y el masaje; pero, a pesar de todos los medios y remedios, la carne persistía en rebelarse pujante y opulenta, oprimiendo las ballenas hasta deformarlas, descosiendo costuras, haciendo estallar botones y corchetes, rebotando por el cuello de las blusas en una sotabarba redonda, tierna, suave, satinada, blanquísima.

—¡Tú sí que estás bien!

María Luisa sonrió, halagada satisfecha de sí misma, convencida de la omnipotencia de su hermosura. Diríase que tenía el privilegio de paralizar la acción del tiempo, de hacer que los días pasasen resbalando.

—¿Quieres más te?

—Sí, un poco.

La doncella, que entraba con una tarjeta, las interrumpió:

—Señoritas...

María Luisa cogió la tarjeta y dió un grito:

—Pero ¡qué cinismo! ¡Qué insolencia! ¿Tú ves?

—¡Cómo! ¿Es él?

—El mismo. ¿Qué se habrá figurado ese hombre?

Quedóse un momento indecisa, nerviosa, repique-teando con las uñas la mesa, mordiendo los labios, brillantes de indignación los ojos.

—Dígale usted que no estoy..., que no recibo..., lo que usted quiera... ¡No faltaba más!

Pero antes de que la doncella se marchara rectificó:

—No, espere usted, dígame que pase. Es mejor. Así acabaremos de una vez.

Y volviéndose a Carmen, que aprobaba con la cabeza:

—¿No te parece?

—Pero ¿qué es lo que quiere?

—No sé... Ahora veremos... Ahí está.

Sí, allí estaba, en la puerta del gabinete, inmóvil, algo pálido, algo descompuesto, un poco desconcertado, el sombrero en la mano enguantada, rígido el cuello bajo el almidón de la camisa. Era un hombre de unos treinta y cinco años: algo más, a juzgar por las canas que le plateaban los aladares; algo menos, por la expresión de su cara tersa y sin arrugas.

Comenzó balbuciendo:

—Señora..., yo me permito rogar a usted..., yo le suplico..., reconozco que..., realmente, no es esta la forma más correcta...

Ella le atajó, irritada y nerviosa:

—No, perdone usted; no se trata de esto. Ya ve que le he recibido.

El se inclinó:

—Señora...

—Pero si lo hice, comprenderá que ha sido única y exclusivamente para que termine esta situación enojosa y ridícula, a la que yo no he dado motivo. Necesito que me explique con qué derecho se ha permitido usted conmigo una confianza que no está justificada por nada, para la cual yo no he dado jamás, ¿entiende usted?, ¡jamás!, el más insignificante pretexto.

Estaba soberbia, de pie en medio de la estancia, erguido el cuerpo, los labios convulsos, la mirada amenazadora y altiva. El palideció más todavía. Quiso hablar y la voz se ahogó en la garganta. Ella insistió, implacable:

—Bueno; veamos qué es lo que tiene usted que decirme.

—Señora, yo le ruego... Le suplico que tenga la bondad de escucharme.

—Le agradeceré que sea muy breve.

—Muy breve. Es una historia que está contada en dos minutos.

—Perdone usted: no creo que haya ninguna historia que contar. El hecho se reduce a que usted, sin conocerme, sin haber hablado jamás conmigo, sin que a mí le una trato ni relación de ningún género, se ha permitido la... yo no sé realmente cómo calificarlo..., la..., «humorada» de regalarme una pulsera de brillantes. Francamente, no me explico, crea usted que no comprendo...

—Es verdad; todo eso es verdad. Y le aseguro a usted, señora, que lamento con toda mi alma lo sucedido, y que si vengo a importunarla es precisamente para darle todo género de satisfacciones y de excusas.

—La mejor satisfacción habría sido no insistir.

—No, no. De ninguna manera. En ese caso yo quedaría bajo el peso de una acusación, que necesito a todo trance desvanecer. Tenga usted en cuenta que si yo me he permitido enviarle ese... esa pulsera, ha sido en la creencia, en la seguridad absoluta de que usted no sabría jamás quién era la persona que se la enviaba.

—Pero ¡eso es ridículo! ¿Cómo es posible que usted creyese que yo podía aceptar un regalo sin saber de quién era?

—Es que yo había tomado muy bien mis precauciones.

—Muy bien.

—No se burle usted. Usted sabe que, sin la indiscreción imperdonable del joyero, a estas horas seguiría usted ignorándolo. Yo no podía suponer que aquel hombre faltara a lo que yo considero un secreto profesional. Pero es más: yo no creí nunca que usted pudiera descubrir quién era. El estuche no tenía indicación alguna. La forma en que llegó a sus manos...

—Todo eso es inocente. En Madrid no hay más allá de media docena de plateros que sepan construir una joya semejante.

—¿Y usted los visitó a todos?

—¡Naturalmente! Yo no podía, de ningún modo, aceptar un regalo para el cual, repito, no había dado el menor pretexto.

—Pero convenga usted en que, sin la indiscreción de aquel hombre...

—Caballero, estamos desviando la cuestión. Aquí de lo que se trata es de que usted, sin motivo, sin pretexto que le autorice...

—Sí, señora, eso es..., eso es precisamente de lo que quiero, de lo que yo necesito justificarme y para lo cual vuelvo a suplicarle encarecidamente que me escuche.

María Luisa le miró de alto abajo, más sorprendida en verdad que indignada; se apoyó en el respaldo de una silla y...

—Bien: diga usted.

El se concentró en sí mismo; vaciló un momento, como si no encontrase la forma de empezar, y por fin se lanzó resuelto y decidido:

—Señora...: hace diez años... (perdóneme usted, no tengo más remedio), hace diez años yo era un pobre periodista que se ganaba la vida escribiendo crónicas y componiendo versos. Mis amigos aseguraban que yo tenía muchísimo talento, que mis trabajos eran admirables y que yo llegaría a hacer grandes cosas.

—Y hay que reconocer que no se engañaban.

—Gracias, muchísimas gracias; pero le suplico que no me interrumpa. En aquella época se engañaban. Yo no pasaba de ser un cronista muy mediano y un poeta bastante aceptable. Mis ambiciones eran muy pequeñas. Acostumbrado desde niño a carecer de todo, no sentía necesidad de poseer nada. La gloria, el lujo, el confort, el dinero, todas esas cosas por las cuales los hombres luchan y se afanan, me parecían vanidades que no compensaban el trabajo que costaba adquirirlas. No existe nada, me decía, nada que merezca un esfuerzo. Como el borracho del cuento, estaba firmemente decidido a sentarme en la acera a esperar que pasase mi casa. Sin embargo, a veces sentía aquí, en la cabeza, rebullir algo así como el barrunto de una cosa muy grande; cosas confusas de algo sublime y glorioso que yo no podía seguramente hacer. Pero esto exigía tiempo, sujeción, esfuerzo, trabajo, voluntad..., todo ello reñido en absoluto con mi modo de ser. Ya sabe usted: «No hay nada en la vida»..., etcétera. Pero he aquí que un día, una noche, ya tarde, al salir del teatro, entré en un café a tomar un vaso de leche. Sentada ante una mesa vi una mujer. ¿Para qué descripciones? La vi a usted.

—¡Caballero!

—Le ruego que no me interrumpa. Yo le juro que en mis sentimientos no puede haber ni siquiera la sombra de una ofensa. La vi a usted sentada con un hombre: su marido; lo he sabido después. Ustedes no se fijaron en mí; era natural. Yo sí: yo los miré, y al verlos comprendí por primera vez en la vida lo que no había comprendido nunca: comprendí que en el mundo había algo que compensaba todos los trabajos y todos los esfuerzos. Por primera vez me encontré pequeño, desheredado y pobre. Por primera vez sentí el aguijón de la envidia, y el acicate del deseo, y el afán de ser grande, y el ansia de acaparar millones y triunfos para depositarlos a los pies de una mujer. Salí del café borracho de ambición. Llegué a mi casa y empecé a trabajar. Y las ideas confusas de aquel algo sublime y glorioso que en mi mente bullía se cristalizaron, se concretaron, empezaron a fijarse obedientes y claras sobre las cuartillas. Seguí trabajando. Huí de los amigos, del café, de las redacciones, de las tertulias, me sepulté en mi casa y trabajé. Vi cómo mi obra crecía y se agrandaba, como un chico en el regazo de una buena nodriza. Y llegó un día en que se terminó. Tenía que ser; la inspiraba el amor, y el amor en los artistas siempre es fecundo; cuando se satisface, nace el hijo; si no se satisface, nace la obra. Nació y fué un éxito. Pero un éxito era poco; era poco dinero y poca gloria los de una obra sola para aspirar dignamente

a la posesión de una mujer como aquella que yo había visto sentada una noche ante la mesa de un café. Seguí, pues, trabajando, sin descanso, sin reposo, sin tregua; creé obra sobre obra y conseguí éxito tras éxito; fui el niño mimado de todas las empresas, el ídolo del público, y vi cómo se amontonaban en mi mesa los billetes de Banco. Señora: todo lo que soy, todo lo que valgo, todo lo que tengo, se lo debo a usted. ¿Es mucho que quien tanto ha conseguido ofrezca a quien se lo debe una pobre pulsera?

—De modo que la fecha que esa joya tiene grabada es...

—La del día que la conocí a usted. Los brillantes, el número de obras que he escrito, once; siete de ellos, grandes, mis siete grandes éxitos...

—Bien, todo eso está bien, pero en el fondo no justifica nada. Usted comprenderá que yo no le conozco..., que yo no he tenido hasta ahora el gusto de hablarle..., usted ni siquiera me ha sido presentado...

—Por eso me he creído en el deber de darle estas explicaciones...

—Que yo le agradezco...

—Y después de las cuales supongo que ya no tendrá ningún inconveniente...

Metió la mano en el bolsillo, sacó la pulsera y se la ofreció.

Ella la rechazó con un ademán lleno de gracia.

—¡Oh! No, no..., de ninguna manera.

—Señora, yo le ruego...

—Yo le suplico a usted que no insista.

—Pero, una vez comprada..., ¿qué quiere usted que haga yo?...

—Guardarla. En el mundo hay mujeres muy buenas, muy dignas de amar y ser amadas.

—¿Como la del café?

—Como la del café. Cualquiera día encontrará usted alguna en su camino. Guarde esa alhaja para entonces.

—Confío al menos que no me guardará usted rencor.

—Ninguno.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Y me permitirá usted que la vuelva a ver?

—Todos los jueves recibo a mis amigos.

—Señora...

—Caballero...

Salió lentamente. María Luisa le siguió con la mirada. Después llevó la mano a los ojos y quedó pensativa. Carmen rompió el silencio.



—¡Pobre muchacho! Es muy simpático.

—¡Muy simpático!

—¡Y qué bonita es la pulsera!

—¡Oh! ¡Es preciosa!

Algunos días después, un lunes por la tarde, Carmen y María Luisa se encontraron en casa de Paulina Insúa. Salieron juntas, y una vez en el coche de María Luisa, Carmen le preguntó:

—Oye: ¿qué pulsera es esa?

—¡Ah! Sí, es verdad; pues nada, un capricho. Me gustó tanto aquella, ¿te acuerdas?... aquella..., que me fui a ver al joyero y le encargué que me hiciese otra completamente igual.

—¿Me permites?

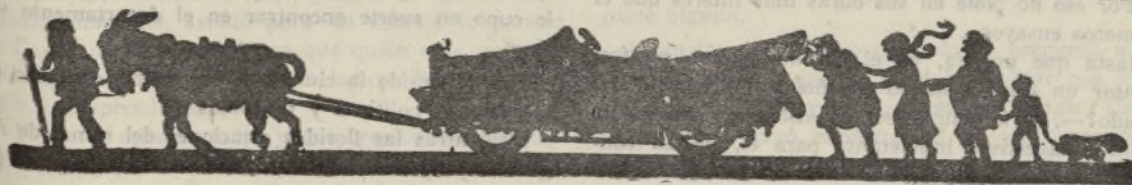
María Luisa vaciló un momento, un momento nada más; desabrochó el brazalet y se lo dió a su amiga.

—¡Ay! ¡Pero si tiene también la fecha!

—Sí. Dije que me la hiciera completamente igual, y el hombre lo tomó tan al pie de la letra, que hasta la fecha puso. Ya ves...: una majadería.

Carmen alzó la cabeza y la miró. Los grandes ojos claros de María Luisa sostuvieron la mirada fríos, serenos, tranquilos, impasibles.

PEDRO MATA.



Todo el mundo sabe en España lo que es un español, porque para eso los españoles lo dicen a cada paso, y precisamente con más insistencia, a quien ni quizá le interesa.

Carlos de Lázaro es un español ante cualquier extranjero, aunque no lo parezca tanto entre sus compatriotas.

Y por serlo obedece a la ley de pertenecer a la inmensa pléyade de funcionarios del Estado; y como, además, es joven, a la costumbre de cobrar poco sueldo.

Pero también es audaz y tiene lo suyo de poeta; así que en la imposibilidad de dar rienda suelta a sus iniciativas, en grandes empresas a lo yanqui, como su



espíritu levemente curioso y su imaginación inquieta sueña, escribe...

No dedica versos a las novias que ha conocido a docenas, pero publica trabajos en algunos provincianos periódicos. Trabajos quizá algo insignificantes, tal vez un poco demasiado ligeros; pero es que Carlos se ha dibujado un final y busca entre todos los caminos el que más rectamente pueda conducirle a él. Por eso no pone en sus obras más interés que el de meros ensayos...

Hasta que un día, en el Casino—¿cómo no frecuentar un Casino siendo español y funcionario del Estado?—, se le ocurre leer en «Blanco y Negro» el anuncio sugestivo, inquietante para él, de un concurso de cuentos españoles.

Piensa un momento, siente el estímulo del triunfo y el peligro del fracaso, que de igual paradójico modo le atraen a escribir uno...

Y con cierta febril emoción hace un recuento de sus pequeños triunfos en otras empresas y un desfile de su vida por el kaleidoscopio del recuerdo...

Después, cree poder hacer un cuento, porque tiene facundia y no le faltan asuntos.

¡Asuntos! ¡Ya lo creo; a puñados!

Carlos, una vez, al frente de unos obreros de su granja, cuando apenas contaba quince años, se vio precisado a defender con brío quijotesco a la moza más linda de las espigadoras contra la acometida bestia de unos gañanes..., que faltó poco para que le premiasen, como al caballero de la Mancha, los bellos de sus aventuras.

Otra, gracias a su serenidad y arrojo, se salvó con unos amigos en la lucha con las olas, que precipitaban el barquichuelo de ellos contra una escollera.

Hombre ya, tuvo una novia de rara belleza y espíritu inquieto que, luz de ideal, hizo del alma de él alucinada mariposa..., para luego casarse con un banquero, dando al olvido cariñosos juramentos y más que cariñosas complacencias.

Y no le faltaban ocurrencias en bellos escenarios que darían ocasión a más bellas descripciones. Aquella de un cuento narrado con charla cordial e imágenes afortunadas allá en los jardines de la granja a la futura condesita, venciendo así a los pollos moderno estilo que la asediaban... El epílogo, un tanto sangriento, de la aventura tabarinesca, con mil detalles para el relato, de boulevards, music-halls, apaches y cocotas...

Había presenciado en Valencia graciosos incidentes con motivo de las fallas tradicionales, que son como irónicas caricaturas en relieve de prohombres y de sucesos.

Y recordaba un amor tiránico, morboso, en El Escorial y una cacería accidentadísima en la Albufera...

Pero Carlos, que no aceptaba como definitivo y original ninguno de aquellos asuntos, que eran retazos de su vida, hubo de suspender las poéticas pesquisas para salir camino de Tánger, donde un destino inesperado le enviaba.

Encarnó en el viaje mejor que nunca al español superficial. Carlos, mirando apenas los llanos de la Mancha, que se le antojaban horriblemente aburridos con sus alineaciones de vid interminables, hizo el amor a la viajera que, eterna esperanza de aventura, le cupo en suerte encontrar en el departamento vecino.

Pasó distraído la ciudad de los califas, ocupado en discusiones políticas y taurófilas...

Dejó atrás las floridas estaciones del ramal de Algeciras y apenas dedicó un comentario a la plaza gi-

braltareña, cuyo nombre árabe, Jebel-Terik, le recordó el final de su viaje ya próximo.

Y tal fué de fiel la encarnación de española realidad, que olvidó su cuento y el concurso de «Blanco y Negro», a pesar de mostrarse la revista triunfante y atractiva en todas las estaciones.

Hasta que Tánger, polícromo, cosmopolita, vario y sugestivo, volvió a sus inquietudes la inquietud del cuento.

Monsieur Conté, el dueño de su alojamiento, y Valinaseda, un compañero de oficina, le presentaron a las nuevas amistades. Abdel-Kader, un moro simpático e instruido que había visitado Alemania y Turquía antes de la guerra, y que tenía la obsesión de mostrar a cada momento sus conocimientos europeos. Mister Layon, oficial inglés de marina, algunos franceses y españoles de la colonia, y como persona simpática y deliciosa, a Jeannette, la linda y jovial mecanógrafa. Rubia, flexible, todo risas, su carácter y coquetería, su manera de vestir, maldito si la compatriota de Clemenceau recordaba al adusto presidente del Consejo francés.

Viéndola subir en uno de los minúsculos pollinos, que en Tánger son todavía una realidad, para trasladarse cómodamente de uno a otro extremo de la ciudad, a pesar de coches y autos, que no pueden ir por la mayoría de las calles, vió toda la sutil gracia de la francesita, que sabía sacar partido para hacerse admirar de las más inverosímiles actitudes...

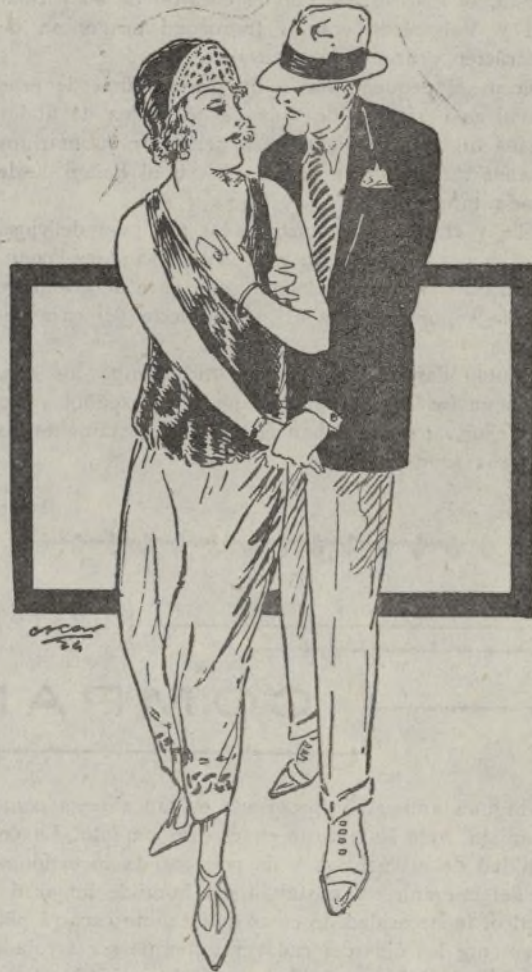
Con Jeannette y Mesodi, la hebrea preciosa, algunos amigos de Carlos organizaron una excursión al Cabo Espartel, llena de graciosas peripecias. No obstante lo bello del paisaje, las originales ocurrencias de Valmeseda, que les pasó en risas la tarde entera, Carlos, buscando algo más bellamente original, dejó pasar un asunto más para su cuento.

La inquietud del suceso emocionante, de la aventura inesperada, que no llegaba, mientras los días de mayo iban pasando con rapidez inusitada, camino del final, ponía en Carlos disgusto creciente.

Por buscar el asunto aceptó la excursión, que se le antojaba molesta y aun peligrosa, hasta Ergaye, campamento español próximo. Pero la alineación monótona de las tiendas blanquecinas, el tedio que adivinaba en los oficiales que no hacían guerra, pero tenían que sufrir sus molestias no obstante sin la emocionante compensación del peligro; hasta el hosco mirar de los indígenas de las cercanías, que no era de nobleza, ni aun de valor, pero sí de alevosa hostilidad, más que asunto para un cuento, le pareció a Carlos para un estudio en que quién sabe qué problemas sociales y psicológicos habría de plantear el que le emprendera.

Y por la misma razón, y por iguales impaciencias que a Ergaye, fué con sus amigos a cazar en Men-

yaba. Pero ahora, quizá un poco escarmentado, tal vez un poco preocupado por los encantos de Jeannette, consiguió que en los coches que habrían de llevarlos fueran, no sólo muchachos cargados de arreos de caza, sino la gracia juguetona de Jeannette, la belleza un poco anodina de Mesodi, la picardía sensual de Pepita González, una malagueñita que bailaba en el Kursaal Español bulerías y sevillanas...



Esperaron las muchachas en Cuesta Colorada, improvisando una frugal y variada comida de campo, ayudadas por el cocinero de oficiales de la posición española... Cobraron ellos algunas piezas y terminó el ojeo de jabalíes hacia Jebel-Hebib sin encontrar un solo rastro.

Carlos oía, recontaba para sí, pasajes y situaciones...; pero el asunto mortificante no asomaba por parte alguna.

Jeannette, viéndole preocupado, le preguntó mimosamente la causa, que apenas logró él explicar con inventadas inquietudes, y ya de noche en Tánger, Carlos, despechado, creyó encontrar el asunto contando en un cuento su desesperación y su suicidio literario.

Un cuento que sería su testamento, en cuyas cláusulas dejaría como legado a los que, como él, pensarán en escribir, todos aquellos asuntos que él no sabía resucitar, todas aquellas aventuras cuya narración quizá no tuviese para él belleza, por lo mismo que no sabía concebirla bella.

Le invitaron los oficiales ingleses con toda amable cortesía, le insistió ella con el encanto de su cordialidad y Valmeseda con la terquedad aragonesa de su carácter y aceptó la excursión.

Verían el pequeño navío de guerra, una de esas fantásticas «avisas» de más de 30 millas de andar que los ingleses emplean para perseguir submarinos y apenas tardan media hora en llegar al Peñón desde la rada tangerina.

Bello y tranquilo el mar, se les antojaba delicioso el paseo costeanado hasta casi Alcázar-Seguer, cuando apareció el correo español, que parecía grande y gallardo vapor desde la exigua cubierta del cazasubmarinos.

Minutos después, casi al mismo tiempo los dos, ambos navíos cambiaron de ruta... El español venía hacia ellos...; no tardaban en verse distintamente los pasajeros sobre cubierta...

La máquina del cazasubmarinos aumentaba el estruendo de su funcionamiento...

Transbordaron rápidamente al correo. A lo lejos comenzó a oírse claro un nutrido cañoneo... Algunos barcos que minutos antes marchaban en ordenado convoy se vieron separarse dispersos, camino de Tánger y el Peñón... El submarino francés que poco antes vieron en la bahía cruzaba el Estrecho a todo andar envuelto en penacho inmenso de espumas...

Ya en Tánger del brazo de la figulina, que temblaba aún de miedo, que se apretaba a él con cariñoso entusiasmo, que oía con delectación las frases amorosas de Carlos, llenas de la doble emoción del peligro pasado juntos y de la pasión que sentía por ella, Jeannette confesó trémula que también le amaba.

...Y Carlos, riendo, gritando casi, ante la confesión y sorpresa de ella, repitió triunfante:

—¡Jeannette, ma petite! ¡Estoy contento! ¡Soy feliz! ¡Tengo un amor y un asunto!

Y, español siempre, estuvo tentado, dando al olvido la tragedia de la tarde, en que quién sabe qué víctimas hubiera, a gastar con su Jeannette en Champagne las cincuenta pesetas que sin duda habrían de enviarle de «Blanco y Negro».

NUESTRA PORTADA

COMPAÑERISMO

Ninguna amistad improvisada es tan sincera como la amistad que se contrae en el campamento. La comunidad de privaciones y de peligros, la incertidumbre del porvenir, la nostalgia del humilde hogar doméstico, la necesidad de creer que alguno cerrará piadosamente los ojos del cadáver antes de ser arrojado a la fosa anónima, establece entre los soldados lazos de familia, cariño fraternal, compañerismo en vida y en muerte. Esto lo sabe perfectamente el autor del cuadro que publicamos, oficial de Caballería en el Ejército español, próximo a soltar la espada para empuñar exclusivamente los pinceles del artista.

Y a fe que su preferencia es justificada. Quien como Navarro, fiado casi del todo a sus impulsos propios, sin antecedentes escolásticos y robando horas al penoso ejercicio de las armas, da una muestra de su va-

ler como la del cuadro que titula *Compañerismo*, bien puede prometerse que si renuncia a unos laureles, otros no menos estimados le están deparados. Por de pronto pinta lo que más conoce, y lo pinta con verdad y con sentimiento. Ese herido sufre, es indudable; pero sufre con la heroica resignación del que vierte su sangre generosamente sin saber por qué, pero en la justa creencia de que ha cumplido con la patria. El soldado que le sostiene en la silla contempla a su compañero con el cariño de un camarada que harto comprende la facilidad con que en el próximo encuentro puede necesitar iguales demostraciones de afecto; y el imberbe trompeta que ha descabalgado, fija la vista en el punto donde tiene lugar la batalla, cual si quisiera prepararse para resistir una agresión que pudiera costar cara a su nuevo amigo.



ESPAÑOLES PRECLAROS

EL MARQUES DE LA ROMANA

Hay una familia ilustre por sus gloriosos ascendientes, que ha regado cien veces con su sangre el suelo español, cuyos miembros lucharon siempre como leones contra los esclavizadores de la Patria, ya se llamaran discípulos del Korán, ya soldados del gran Napoleón: nos referimos a los Caro, casa antiquísima de Mallorca, cuyo varón más notable fué el inolvidable D. Pedro Caro y Sureda-Valero, tercer Marqués de la Romana, el Caudillo del Norte, uno de los más famosos héroes de la guerra de la independencia contra los franceses, quien por su «atrevida retirada al frente de las tropas españolas» que, engañadas por Napoleón, estaban entretenidas en Dinamarca, bien merece el sobrenombre de «Jenofonte español».

Demasiado sabida la historia del Marqués de la Romana, ni cabe en un artículo ni intentamos repetirla. Sólo daremos algunas noticias curiosas relacionadas con tan interesante personaje.

Aunque es indudable que los caracteres físicos se transmiten por herencia, no está demostrado de manera que no dé lugar a dudas el que también se hereden las cualidades morales; sin embargo, con frecuencia se hereda una especial virtud, una aptitud intelectual determinada, si bien el medio ambiente so-

cial, la educación, el ejemplo, pueden desarrollar esos gérmenes heredados o anularlos por completo.

Estudiando los grandes hechos de la familia Caro desde el siglo XIII hasta nuestros tiempos, el historiador-psicólogo se encuentra enfrente de un caso persistente de valor heredado y de pericia militar nunca desmentida. Lo mismo podríamos observar en bastantes linajes de la aristocracia española.

La familia de la cual fué esclarecido vástago el heroico «Marqués de la Romana», por antonomasia añadió en el transcurso del tiempo a sus muchos méritos los de las encumbradas casas de Maza de Lizana, Aragón, Luna, Centelles y Cardona. Juan Caro, fundador de la casa mallorquina de su nombre, acompañó a Don Jaime de Aragón en la épica reconquista de Mallorca; después fué el héroe de inauditas hazañas en tierras de Valencia, y combatió a los musulmanes en las montañas de San Felipe. Su hijo Domingo tomó parte muy principal en la conquista de la ciudad y reino de Murcia. El hijo de éste, Juan, heredó el valor y patriotismo de su padre y de su abuelo, y con gente pagada a sus expensas contribuyó con su pericia militar y con su denuedo al sitio y rendición de la importante ciudad de Almería.

Sus descendientes siguieron demostrando a los enemigos de la Patria su indomable valor. Uno de ellos, D. Gaspar Ortiz y Caro, se hizo celeberrimo por sus hazañas en las guerras de Flandes, y pereció abrazado a la bandera española en el asalto de Maestrich. Los hermanos de éste fueron dignos también del heroísmo de la familia Caro: D. Pablo, después de una vida de victoriosos combates, pereció en la batalla de Gelbes; el capitán D. Jaime fué uno de los héroes de la batalla naval de Lepanto, donde entregó la vida en aras de su españolismo, y el hermano menor, el capitán D. Luis, perdió también la vida en defensa de la Patria.

Pero quien debía preparar con su lealtad y valor los más encumbrados honores a su ilustre Casa era don Carlos Caro Ruiz Maza de Lizana, uno de los más briosos generales de Felipe V en la guerra de Sucesión, a quien auxilió con cuarenta mil pesos y con el esfuerzo de su brazo. Su hijo D. José Caro y Roca fué el «primer Marqués de la Romana», por merced del primer Borbón español; este marquesado fué creado en 16 de junio de 1739. Su hijo D. Carlos Caro y Fontes peleó por la Patria en «Francia, Italia, Holanda y América», y el hermano de éste, D. Ventura, capitán general de los reales ejércitos, fué señaladísimo héroe en la expedición contra Argel (1675), en la expedición a Buenos Aires (1776) y en la guerra contra la República francesa. El hermano mayor de éstos, D. Pedro Caro Fontes, fué el «segundo Marqués de la Romana»; floreció en la segunda mitad del siglo XVIII por sus hazañas, y se halló en las conquistas de Nápoles y Sicilia.

Pero el tercer Marqués de la Romana, D. Pedro Caro y Sureda, superó en celebridad a sus gloriosos ascendientes y fué el brazo de la Patria en la titánica guerra de la independencia española contra Napoleón I. He aquí un extracto de cómo cuenta Bover su famosa retirada de Dinamarca a España, comparable a la de Jenofonte:

«Por medio de las negociaciones entabladas por Napoleón con el Gobierno de España para formar un cuerpo de tropas de observación en Holanda y cerrar a los ingleses la entrada en el Wesser y en el Elba, se confió el mando de «once mil españoles» al Marqués de la Romana (mayo, 1807). Atravesó la Francia, y en unión del general Bernardotte hizo la guerra contra la Pomerania...

«Después de la paz de Tilsit, la Inglaterra declaróse hostil a Dinamarca, y Napoleón mandó a la Romana a este último país para formar la vanguardia del general francés, quien había recibido órdenes de invadir la Suecia. Verificóse esta marcha, y los españoles quedaron acantonados en Jutlandia y Tonia.

«En este último punto residía el Marqués cuando tuvo lugar el levantamiento de la nación española contra la invasión francesa. La primera noticia que recibió aquél fué una orden de Bernardotte en la que le intimaba prestase juramento a José Bonaparte como Rey de España...

«Consideremos ahora la situación del general español, la sorpresa que debió causarle tal intimación, y mirémosle rodeado de tropas francesas y amenazado igualmente por las tropas danesas, y dígasenos cuánto tacto debía guiarle en su resolución y cuánto talento necesitaba para salir de semejante compromiso... Extendió un juramento «condicional» y prometió reconocer al nuevo soberano «si el voto unánime de la nación española lo declaraba por tal»...

«Después recibió de D. Vicente Lobo, oficial español enviado por la Junta Central, en un buque de la escuadra inglesa del Báltico, comunicaciones de las juntas españolas y del general Morlá, que le referían el alzamiento de España al grito de *independencia*... Tomando por pretexto tener que enviar parlamentarios al comandante de la escuadra inglesa, logró la Romana ponerse de acuerdo con él...

«En 6 de agosto de 1808 dirigió el Marqués una circular a los jefes que tenía a sus órdenes, y les invitaba a reunirse en Tonia y Langeland. Dignas de notar en la circular son estas palabras: «Yo soy español, y estoy resuelto a ser partícipe de la gloriosa suerte de mi Patria. Todo es preferible a vivir en la vil dependencia en que estamos, y estoy decidido a embarcarme con las tropas que quieran seguirme.» Ejecutados los mandatos de la Romana, llegaron casi todas las tropas en el mismo día al lugar de la cita, y se embarcó con «diez mil hombres» en Niborg y Langeland, y todos aparecieron reunidos en Gottenburgo.»

Volvieron a España aquellos bravos españoles a través de mil peligros, cuando la Patria estaba más necesitada de tropas regulares y aguerridas. Vuelto a España el Marqués de la Romana y jefe de las provincias septentrionales de la Península, demostró que corría por sus venas el mismo fuego patriótico y guerrero de sus antepasados, y que la amada tierra que éstos habían libertado y defendido con su esfuerzo, y regado con su sangre, no contribuiría él a perderla, sino a salvarla de la ambición del Capitán del Siglo.

Multitud de obras científicas y literarias que en aquel tiempo se imprimieron están dedicadas al Marqués de la Romana; en una de ellas, debajo de su busto, se lee:

«Lidió con la traición y la injusticia;
salvó sus huestes; rescató Galicia.»

Era muy ilustrado; escribía correctamente en latín, poseía el griego y hablaba cuatro idiomas modernos. Su pasión era la Física y la Mineralogía; se gastó miles de duros en la formación de su museo y de su biblioteca; era también muy aficionado a la lectura de Jenofonte, con quien tiene tanta semejanza. Muerto cargado de laureles en Portugal en 1811, y su cadáver fué trasladado a Mallorca y enterrado en magnífico mausoleo, que, al ser demolido el convento de Santo Domingo, ha sido colocado en la capilla de San Jerónimo de la catedral de Palma. Los rostros de las figuras de este monumento son retratos del Marqués

de la Romana y de los individuos de su familia. La inscripción dice:

AL GENERAL MARQUES DE LA ROMANA, LA PATRIA RECONOCIDA. ASI LO DECRETARON LAS CORTES GENERALES Y EXTRAORDINARIAS, EN CADIZ, A VII DE MARZO DE MDCCCXI.

Sus hermanos D. Juan y D. José también se distinguieron gloriosamente en la guerra de la Independencia, y hoy todavía esa ilustre Casa, fiel guardadora de los altos hechos de su historia, se distingue por su amor patrio, por su lealtad al Trono y por su protección a la virtud y al mérito.

JAIME POMAR.

LA EXPOSICION DE LA GRAN GUERRA

En Inglaterra se prepara en la actualidad una histórica exposición de reliquias, recuerdos y objetos procedentes de la gran guerra.

Pero lo verdaderamente interesante de esta exposición, es la parte dedicada a la reproducción de los campos de combate con toda clase de detalles, trincheras, líneas de aproche, etcétera, en los que se pueden estudiar todos los procedimientos defensivos empleados en aquella lucha.

Así mismo las fases de distintos combates han sido reproducidos con gran acierto y acopio de detalles.

En la fotografía adjunta vemos a un artista en el momento en que, terminado de un sector guerrero, comienza a dar la vida y visión de lo que fué en los horrores de la lucha, por medio de soldados y material guerrero que hacen revivir por un momento en una perfecta visión, los horrores de la guerra pasada.

Inglaterra con esta exposición ha buscado el fin de que el público en general, y el apasionado a las controversias de esta epopeya, se den perfecta cuenta del gran sacrificio económico y de sangre que tuvo que reali-

zar la nación para que su poderío siguiese predominando.

Es una nueva fase de la política inglesa. Dar a entender que siempre a pesar de los pesares sabe mantener sus derechos.

Aparte del fin expuesto, la exposición de que tratamos será un filón inagotable de detalles y procedimientos para cuantos se dedican al estudio de los problemas planteados por esta colosal guerra.



UNA PELICULA HISTORICA



Las viejas murallas de la ciudad de Carcassonne han servido de escenario para reproducir el asalto dado en 1472 por los soldados de Carlos el Temerario, a la plaza fuerte de Beauvais, defendida por Juana Hachette.

Un grupo de periodistas, que no esperaban en la presente ocasión volver a vestir el uniforme kaki y los verdes distintivos de los corresponsales de guerra, han sido invitados a las operaciones del sitio de Beauvais, heroica fortaleza francesa defendida por Juana Hachette contra las tropas de Carlos el Temerario. Las peripecias de la batalla se desarrollaron ante los viejos muros de Carcassonne.

Se trataba de una cinta cinematográfica. Si Carcassonne ha sustituido a Beauvais es porque la ciudad de Juana Hachette no conserva ya más que paseos en el emplazamiento de sus murallas, mientras que en la primera, en los bordes del Aude, se eleva todavía intacto el conjunto de una doble y formidable muralla de la Edad Media. La conservación de esta maravilla ha sido debida a la voz de alarma dada en 1835 por Próspero Mérimée. Hasta el año 1850 estuvo amenazada por la turba de demolidores que destruían sus lienzos, sus cortinas, sus pozos y sus cincuenta y dos to-

rres redondas o cuadradas, restauradas después por los cuidados del Duque Viollet y de Boeswillwald, y que han permitido conservar el arte de la fortificación de los siglos V al XIV. No había en el mundo cuadro mejor que éste para reproducir con más exactitud el asalto de 1472...

La idea de hacer revivir pintorescamente este episodio glorioso nació de la *Sociedad francesa de ediciones de novelas históricas filmadas*. Bajo este nombre se ha constituido un grupo de personalidades de las letras y de las artes, con objeto de llevar a la pantalla, en una serie de diez y ocho películas, la historia de Francia desde Luis XI hasta nuestros días.

Cada escenario desarrollará un esfuerzo grande de imaginación, pero íntimamente mezclada con la evocación de los grandes acontecimientos y las grandes figuras de aquella época. Para que la realización de este programa, de una gran utilidad de propaganda, esté rodeado de las mayores garantías, ejer-



Los sitiados, antes del ataque, en las barreras de la vieja Ciudad cerca de la puerta Narbonnaise.

cerá su control en los escenarios y tomas de vistas un Comité, compuesto por universitarios, artistas y directores de grandes cintas cinematográficas, tales como Jullian, Bordeaux, Fortunat, Strowski, Luis Madelin, Andrés Antoine, Rouché, Carré y Juan José Frappa.

La primera cinta de esta serie comprende el reinado de Luis XI. Ha sido adaptada al cinematógrafo por Andrés Antoine de una novela inédita de Dupuy-Mazuel, *El milagro de los lobos*, y puesta en escena por Raimundo Bernard.

«En aquel tiempo, Francia, decaída por la guerra de Cien años, estaba sujeta a la rapiña de los lobos y de los grandes señores feudales.» No fué empresa fácil el recoger una veintena de lobos en Alemania, Rusia y Holanda, y transportarles al Cuello de Porte, a 1.000 metros de altura, por encima de Grenoble, y de elevar para ellos una jaula inmensa entre la nieve, bajo la dirección del domador Mac Donald, y hacerles «volver» con peligros serios para los actores. En cuanto a los grandes señores feudales, fué imitado el más irreducible de ellos, Carlos, Duque de Borgoña, por el magnífico actor Vanni-Marcoux, que tenía los mismos rasgos del duque, y que con coraza de plata, a la cabeza de sus hombres armados, en la llanura de Carcassonne puso sitio a Juana Hachette...

Con estupefacción, los habitantes de la pacífica ciudad vieron funcionar los viejos y

mohosos puentes levadizos y los rastrillos e inundar los fosos de la puerta Narbonnaise. En el doble encintado de las murallas, en las troneras y torrecillas, manejando las catapultas o los pesados culebrines, los defensores resistían, fanatizados por Juana, mientras que los Bourgiñones, vestidos con corazas rojas, amarillas o verdes, se lanzaban a las murallas con grandes escalas para asaltar la fortaleza. A veces las nubes de humo aumentaban la confusión. Un poco más lejos, un grupo de jinetes cargaban furiosamente. Pero al atardecer el Temerario se replegó y la ciudad se iluminó fantásticamente como signo de alegría.

Entre los quinientos figurantes más o menos profesionales que tomaron parte en esta representación, podían contarse muchos pertenecientes al Ejército francés. Colaboraron también los generales comandantes del 16 y 17 Cuerpos, destacamentos de tropas de Castelnandary, de Albi, de Toulouse, de Auch, de Foix, de Pamiers y otros puntos, así como escuadrones del 4.º de Dragones; todos ellos cambiaron su uniforme azulado por el vestuario antiguo de arqueros, piqueros, escuderos, haciendo vivir aquella guerra retrospectiva.

Pronto esta película, *El milagro de los lobos*, recorrerá el mundo, popularizando, por la virtud universal de la imagen animada, una época de la historia de Francia.



Una carga de la caballería de Carlos el Temerario.

Estas series históricas de películas están llamadas a tener un gran porvenir desde el punto de vista educativo, porque enseñan a la vez que entretienen, sin darse cuenta apenas el espectador. Todas las naciones se esfuerzan en fomentar este medio de divulgación para reconstituir su historia y sus epopeyas.

España, país de gran historial guerrero, que conserva ciudades con todo el clásico sabor de la Edad Media, cuyos lugares podrían servir de escenario para revivir bellas e interesantes páginas de nuestra historia, debía seguir el ejemplo de Francia, y, con la tutela del Estado, reproducir en el cinematógrafo parte de nuestras grandes epopeyas, fomentando a la vez que instruyendo, la afición a los asuntos históricos y reciumbre de la raza.

¿Qué emoción y qué belleza no tendría la historia de la Reconquista, los siete siglos de pelea contra los árabes?... Por el lienzo blanco del cinematógrafo pasarían Granada, Córdoba, Sevilla..., como el más sorprendente cuento de «Las mil y una noches».



Intento de asalto por las tropas del Duque de Borgoña.



MUSOLINI

Ofrecemos a nuestros lectores, en esta página, el último retrato hecho a Musolini. La proximidad del viaje de los Reyes de Italia a España, pone una vez más de actualidad al célebre político que, con la energía de su mando, su capacidad intelectual y el profundo sentido patriota, ha conseguido llevar a su nación a una era de orden, de entusiasmo nacional y de trabajo, que habrá de redundar provechosamente en beneficio del pueblo italiano. La política de Musolini, toda ella inspirada en severo sentido de cumplimiento del deber, ha dado un alto ejemplo a Europa, cuyas corrientes de ideas exaltadas por la revolución rusa, con tantos peligros amenazan el bienestar nacional y los principios que han constituido siempre el fundamento de la vida de los pueblos. Musolini, gran conocedor de la política internacional, supo salir al paso del viento bolcheviquista y antes de que la perjudicial semilla pudiese arraigar en la tierra que fué una de los césares y de los grandes patriotas, logró conducir a Italia por un sendero que no es otro que el cauce por donde la historia del esplendor italiano ha marchado siempre.

EN EL PAÍS DE LA ENFERMEDAD DEL SUEÑO

La enfermedad del sueño, en las posesiones de la costa occidental de Africa, hace cada año nuevas víctimas entre los indígenas y los animales.

Los médicos coloniales luchan contra este azote, encontrando dificultades inmensas, que van contrarrestando poco a poco.

La esposa de uno de ellos, Gabriela M. Vassal, ha relatado esas dificultades, y los métodos que emplean para combatir tan terrible mal, son la preocupación constante de aquellas gentes.



La señora G. M. Vassal verificando un examen médico en los negros de Mossaka (Africa ecuatorial francesa), país de la enfermedad del sueño

«El Africa ecuatorial está dividida en sectores sanitarios (algunos de gran extensión), dirigidos cada uno de ellos por un médico que, sin disponer de grandes medios, ni de personal muy numeroso, hace verdaderas maravillas. En estos sectores, la enfermedad que más ataca es la enfermedad del sueño.

Se sabe que el nombre de esta enfermedad viene del estado de estupor y adormecimiento que caracteriza el período final. Inoculada por la mosca tsé-tsé, el *trypanosoma*, su agente, produce los más perturbadores efectos en el organismo del atacado. Fiebre, fuertes cefalalgias, ataques convulsivos que llegan a veces a una gran violencia. Tal es el cuadro clínico de este mal, que se completa, en los días que preceden a la muerte, por la estupidez, la somnolencia invencible y por la caquexia.

Es en Mossaka—dice—donde mi marido comenzó a examinar a los indígenas. Habían sido reunidos de muchos lugares a la redonda para la observación.

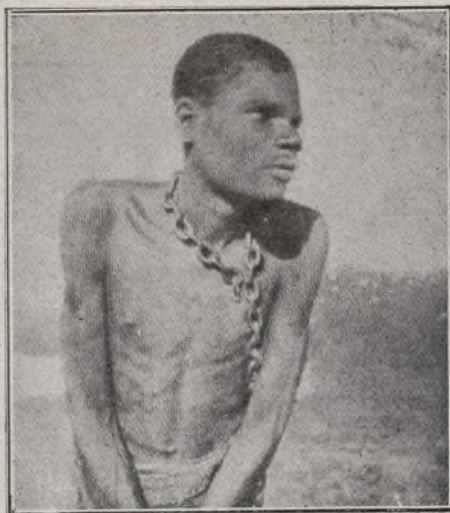
Mossaka, en el confluente de la Likonala y cerca de Sangha, está completamente inundado en la época de los altos niveles del agua, salvo algunos metros de tierra que se han ido conquistando a la inundación a fuerza de paciencia y de trabajo. Los ladrillos y la piedra vienen de Brazzaville. Ha sido precisa una ener-

gía extraordinaria para hacer de un islote de cieno un verdadero puerto, con talleres para reparación de barcos, fábrica de luz eléctrica, factorías, molino de aceite, almacenes y viviendas.

Apenas desembarcados de sus piraguas, los indígenas fueron agrupados por pueblos y separados por categorías: hombres, mujeres y niños. Después de haberles numerado, el doctor les pasó revista, tocando el cuello de cada negro para buscar los ganglios hipertrofiados. Este síntoma, que se encuentra en otras afecciones, aunque no es de un valor absoluto, es, sin embargo, muy importante. Para confirmarlo, se practicaba una punción en uno de los ganglios con una finísima aguja de platino y el líquido recogido se examinaba al microscopio. La presencia del *trypanosoma* delata la enfermedad del sueño.

Tales enfermos son tratados inmediatamente por una inyección de atoxilo, a fin de que curen y evitar a la vez el contagio. Pero como es preciso tratarles más veces, para mayor seguridad, se les pone en lista y se les da una ficha.

Cuando el grupo de los atacados llega a 20 ó 30, se inscriben sus nombres, sexo, edad, el pueblo a que pertenecen, el dato y la dosis de la picadura. Se da una ficha al enfermo y otra al administrador o jefe



Un enfermo, con violentos ataques convulsivos, encadenado como medida de prudencia

del pueblo, sin contar las observaciones médicas que se hacen. Cada atacado debe presentarse en el término de seis u ocho días para recibir una segunda inyección de atoxilo. Unas veces fijábamos este término de tiempo para retornar al pueblo, y nosotros mismos poníamos estas segundas inyecciones. Otras, en la imposibilidad de pasar por las mismas localidades, encargábamos este cuidado a personas de buena voluntad. La ocupación y clasificación de los registros y las fichas fué para nosotros muy trabajosa. Si se ponía bien el nombre del sujeto, era muy difícil, en cambio, precisar el del pueblo. Los naturales le pronuncian de una manera, el administrador de otra, y si por casualidad se encuentra en la lista, se encuentra de él otra versión. En fin, los pueblos se desplazan fácilmente, y a menudo toman el nombre del jefe, cuyo nombre también se cambia con facilidad.

Respecto a la edad, se encuentran las mismas dificultades. Los negros del Congo no entienden de esto. Hasta los quince o diez y seis años se nota bien la diferencia de edad; pero desde los veinte a los cuarenta los hombres tienen la misma apariencia, y las mujeres, desde que empiezan a sentir los efectos de la maternidad, se envejecen y se deforman. Un negro de cincuenta años es un viejo, y apenas se encuentra uno entre cien adultos.

Cuando se ha determinado el nombre del sujeto y el de su pueblo y se ha resuelto la cuestión difícil de la edad, es preciso añadir el dato, la circunscripción, el nombre del médico, las comprobaciones microscópicas y la dosis de atoxilo. En general, se inyecta un gramo de atoxilo en un adulto, y de 40 a 50 centigramos en un niño.

Después de haber dado a cada uno su ficha, que ellos tienen cogida entre los dedos como si fuera una serpiente venenosa, y con la que están muy embarazados y molestos, se les alínea para las inoculaciones. Se les pica en la espalda izquierda. Sin una palabra, sin la menor queja, hacen lo que hace el vecino. No hay gritos ni contorsiones más que raras veces y en niños. Cuando esto sucede, todos gritan a la vez, transmitiéndose las quejas y los alaridos. La picadura en sí no es nada, pero la solución de atoxilo causa una sensación acentuada de quemadura.

Algunos indígenas se encontraban en un período avanzado de la enfermedad del sueño. Estaban en un grado de excitación mental extraordinaria. Me acuerdo de una jovencilla de diez y siete años o más, bonita y bien hecha, que gesticulaba y peroraba delante de nosotros, corriendo de un grupo a otro, riendo y sollozando a la vez. Era una escena de profunda tristeza. Nuestra medicación no podía salvarla. Estaba condenada a morir.

Las condiciones que nos imponían las circunstancias complicaban penosamente nuestro servicio sanitario y le hacía muy fatigante. Operábamos a pleno sol, con un calor insoportable. No había la menor sombra, ni un árbol, ni un tejado para resguardarse. Hacíamos también alto, a lo largo del curso del agua, en regiones pantanosas, donde no se podía encontrar un metro cuadrado de tierra para abordar. Los negros abordaban sus piraguas a nuestro barco, y, pasándose a él, se les examinaba en la cubierta. ¡Cuántas veces hemos trabajado durante la noche, a la luz de las lámparas de acetileno! Entonces, los mosquitos y los insectos de todas las especies nos rodeaban, y eran tan numerosos, que era preciso que un hombre muy atento los espantara sin cesar.»



El siete es un número misterioso, cabalístico, simbólico y tiene gran importancia en las religiones.

DEL CAPITULO DE CURIOSIDADES

EL NUMERO SIETE

EL SIETE EN EL SABEISMO

El culto de los siete planetas (contando entre ellos el Sol y la Luna) fué famoso en Oriente. Con él está relacionado el de los siete kabiros y el de otras siete divinidades en cada sistema religioso oriental.

La Torre de Babel, restaurada por Nabu-chudur-assur, y los demás grandes *ziggurats* de Caldea y Asiria, tuvieron siete pisos, de siete colores diferen-



La torre de Babel

tes; en lo alto resplandecía de oro el templo de los siete luminares de la Tierra.

Consagrados a los siete planetas estaban también los siete muros de Ecbátana, capital de la Media; formaban siete circunferencias concéntricas, imagen de las siete esferas celestes, y ostentaban en sus almenas los siete colores planetarios.

Siete metales estaban dedicados a los planetas. En la medicina astrológica se da a los planetas dominio sobre siete vísceras del cuerpo humano.

Nótese también que las dos constelaciones más interesantes del cielo, la Osa mayor y la menor, vémoslas formadas, cada una, por siete estrellas. Relacionada con el culto sabeo está la semana, período de siete días, cuyos nombres modernos se derivan de las mencionadas deidades grecorromanas, excepto «sábado», que procede de la voz hebrea *schabbath* y significa «descanso», y «domingo», que se deriva de *dies Domini*, día del Señor.

Según los mitos orientales, son siete los grados por los que ha pasado el sacrificio religioso: el sacrificio del Hombre divino, el sacrificio humano, el del caballo, del novillo, de la cabra, de la oveja y el de los vegetales y semillas. Cuenta una leyenda de la India que los dioses, al consumir el sacrificio del Hombre divino, ataron la víctima en medio de siete vallas de madera y pusieron debajo tres veces siete lechos de leña, y «éstas son las primeras instituciones», añade.

Brahma creó las siete Suargas o genios luminosos (esferas estrelladas), iluminadas por los siete Devatas o genios luminosos, y creó además las siete Patalas o regiones inferiores... Larga sería la enumeración de los grupos de siete dioses que se hallan en los mitos del viejo país oriental.

EL SIETE EN EL MOSAISMO

Los siete días divinos de la creación y el descanso dieron origen a la semana entre los hebreos.

El «año sabático» llegaba cada siete años, y en él la tierra descansaba; cada siete años sabáticos celebrábase el «año del jubileo» y las tierras volvían a sus primitivos poseedores.

Siete fueron los años de escasez profetizados por José al Faraón: éste había visto en sueños siete vacas gordas y siete flacas, siete espigas lozanas y siete raquílicas.

Siete fueron los preceptos de amor al prójimo, promulgados en el Sinaí; siete los mecheros del candelabro de oro que ardía en el Tabernáculo; siete vueltas dió el Arca a los muros de Jericó antes que se derrumbaran por sí mismos, cuando la conquista de Palestina por Josué; un Consejo de setenta ancianos gobernaba al pueblo; siete años se emplearon en la construcción del templo de Jerusalén; setenta años duró el cautiverio de los hebreos en Babilonia; «siete

tiempos se muden sobre él», leemos en la Biblia al hablar de la metamorfosis de Nabucodonosor en hombre-bestia; «siete mujeres echaron mano sobre un



El Anticristo.—Fragmento de un grabado del siglo XVI

hombre», escribe Isaías al tratar de la poligamia israelita; siete días permaneció Ezequiel atónico y en silencio; siete leones había en el lago en que fué echado Daniel, quien dice en su profecía que han de pasar setenta semanas de años hasta que aparezca el Mesías; siete fueron los hermanos Macabeos martirizados en presencia de su madre, y... ¿a qué seguir? Consignemos tan sólo que una de las traducciones más famosas de la Biblia es la de los Setenta.



Monstruo de siete cabezas visto en el cielo en el siglo XVI (según un libro de ciencias ocultas)

EL SIETE EN EL CRISTIANISMO

Siete son los artículos de la Fe cristiana con respecto a los atributos de Dios; siete los relativos a la Humanidad de Cristo; siete las peticiones del «Padre nuestro»; siete las obras de misericordia corporales y siete las espirituales; siete los pecados capitales y siete las virtudes a ellos opuestas; otras siete, en conjunto, las teologales y cardinales; siete los dones del Espíritu Santo; siete los Sacramentos; siete los dolores de la Virgen; siete los gozos de San José; siete las palabras (mejor «frases») que habló el Redentor en la cruz; setenta y dos los años que vivió Nuestra Señora; siete las primitivas Iglesias (Efeso, Smirna, Pérgamo, Thyatira, Sardis, Filadelfia y Lao-

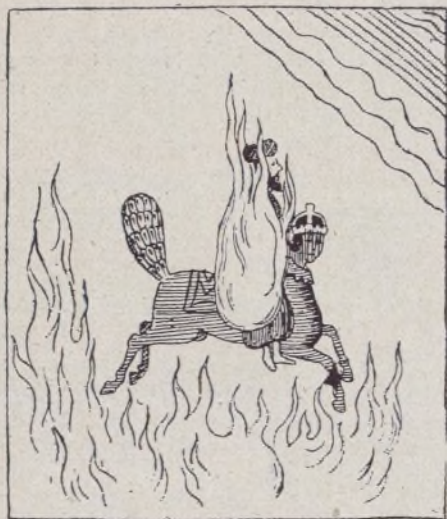
dicea); siete los primeros diáconos; siete los discípulos de Santiago; siete los emperadores romanos perseguidores del cristianismo; siete las iglesias metropolitanas de la España goda; siete los santos obispos de Bretaña; siete las artes liberales enseñadas (trivium y quadrivium) en las escuelas monacales; siete los que podríamos llamar primeros jesuitas (Ignacio de Loyola, Lefèvre, Javier, Laínez, Salmerón, Bobadilla y el portugués Rodríguez), o sean San Ignacio y sus compañeros; siete los misterios de «la corona» o rosario franciscano, etc., etc. Podríamos presentar innumerables citas.

EL SIETE PROFETICO EN EL APOCALIPSIS

Siete son los Espíritus apocalípticos o ángeles más cercanos al trono de Dios; siete los candelabros de oro y siete las lámparas que arden ante el solio del Eterno; siete las cabezas del dragón que vió San Juan; siete los Angeles que llevan las copas llenas de la ira de Dios; siete las cabezas de la bestia que el Apocalíptico vió salir del mar, y siete las estrellas que a la derecha del divino y misterioso personaje notó. Eran siete los sellos del libro sobre el cual vió

el Apóstol de Patmos el divino Cordero con siete cuernos y siete ojos; y el mismo Evangelista escribe que oyó al Angel que clamó en alta voz, «y luego que hubo clamado, siete truenos hablaron sus voces», cuyos arcanos no se atrevió a declarar el autor del misterioso libro de la «Revelación». Siete han de ser las postreras plagas; siete los precursores del Anticristo; siete las trompetas del juicio universal, al final de las edades y de los siglos...

EL SIETE EN EL ISLAMISMO



Ascensión de Mahoma a los siete cielos (según un dibujo oriental)

Desde muy antiguo, los peregrinos que iban a la Meca ejecutaban el *tanaf* dando siete vueltas alrededor de la Kaaba, tres corriendo y cuatro despacio, y subían siete veces a las colinas de Safa y Mezna. El fundador del islamismo, Mahoma, ascendió en su cabalgadura, Alborak (relámpago), a los siete cielos. Cerca del trono de Allah hay siete círculos: elevación, proximidad, esplendor, grandeza, magnificencia, pureza y unidad.

Allah dividió el cielo en siete partes y el infierno en siete regiones. Dante prefirió el nueve para los círculos de su infierno.

También en la descripción de las delicias del Paraíso entra por mucho el número siete. «La eterna gloria es tan grande como los siete cielos y las siete tierras... Las casas son de piedras preciosas: cada buen muslim tiene setenta casas; cada casa setenta salas; cada sala setenta estrados; cada estrado setenta camas, y cada cama setenta hurfes, mujeres angelicales eternamente vírgenes, tan perfectas que,

a escupir una en el mar, sus amargas aguas se volvieran dulces, y a sacar una mano al mundo, obscuriera al sol... En cada sala hay setenta especies de

comida y setenta criados y criadas.» Todas las hurfes se juntan cada siete días para cantar las alabanzas de su dueño.

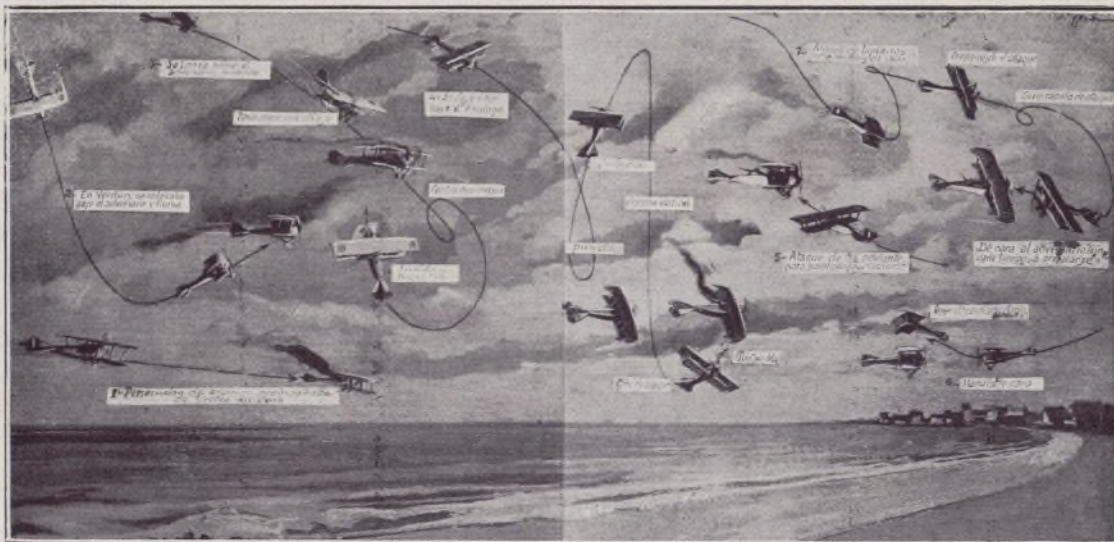
EL SIETE EN LA HISTORIA

Sería interminable la serie de citas si las rebuscásemos; *calamo corriente* recordaremos las siete clásicas maravillas del mundo. Mencionaremos también el mito heráclida de la hidra, monstruo de siete cabezas; la guerra de los Siete contra Tebas; los Siete sabios de Grecia (Thales, Solón, Quilón, Pítaco, Bías, Cleóbulo y Periandro); los siete poetas de la corte del hinduo Vycramadithya, el más famoso de ellos, Kalidasa; los siete reinos fenicios (?) de Chipre; las siete ciudades que pretenden ser patria de Homero; las siete principales eras cronológicas; los siete siglos de guerra entre Roma y Persia desde Craso a Heraclio; las siete notas musicales, seis de las cuales fueron tomadas de un himno a San Juan, por Guido de Arezzo; los siete Infantes de Lara; los siete antiguos reinos anglo-sajones (heptarquía); los siete siglos y medio (no llegan a ocho) de la reconquista española; el Código de las Siete Partidas; los siete reinos resultantes de la desmembración del Imperio Carlovingio; los siete acontecimientos que forman la transición de

los tiempos medios a los modernos: empleo de la pólvora, uso de la brújula, invención de la imprenta, renacimiento greco-pagano, descubrimientos geográficos, consolidación del poder real y reforma religiosa; las siete provincias unidas que constituyeron la República de Holanda al emanciparse este país de la Monarquía española; la guerra de los Siete Años entre Federico II de Prusia y María Teresa de Austria; la celebridad de los soberanos séptimos (Luis VII de Francia, Alfonso VII de Castilla, Gregorio VII papa, Carlos VII de Francia, Enrique VII de Inglaterra, etcétera); las guerra civil de los siete años en España; la... ¿no le parece al lector que ya basta?

Perdone la excentricidad; tenga en cuenta que escribo a vuela pluma, y conengamos en que el siete es el más favorecido y misterioso de los números, más que el tres, el nueve, el diez, el doce y el mil, de los cuales pueden escribirse también curiosidades y maravillas.

✧ ✧ LOS AEROPLANOS EN LA GUERRA ✧ ✧



El presente grabado nos muestra las diversas fases y evoluciones que se han presentado en la lucha aérea, durante la gran guerra.

Los diversos recorridos que hacen los aeroplanos en el aire muestran la acrobacia a que tienen que recurrir los pilotos militares para ganar las batallas en el espacio.

LOS QUE CONQUISTARON A PANAMÁ

A mediados del siglo XVII la emigración a América se hacía en una forma mucho más horrible que ahora. El que deseaba pasar al nuevo mundo se vendía a sí mismo como un esclavo por cierto tiempo, y con el dinero obtenido hacía el viaje, teniendo que trabajar en América todo el tiempo por que se había comprometido.

Entre los muchos que en esta forma cruzaron el Atlántico, se hallaba el que más tarde había de ser el más célebre de los bucaneros, el capitán Enrique Morgan. Tan pronto como recobró su libertad de acción, Morgan se dedicó a la piratería, alcanzando muy pronto en este oficio un puesto y una reputación envidiables. En un principio se asoció con el célebre pirata Mansvelt; pero pronto se cansó de esta sociedad, y, reuniendo una pequeña flota, empezó a trabajar por su cuenta.

Cómo empezó la campaña

La primera hazaña del capitán Morgan fué el asalto de Puerto-Príncipe con un puñado de hombres; tan pocos, que la empresa constituía un verdadero colmo de audacia. Salieron de ella con éxito, y, aunque no lograron apoderarse de la ciudad, como era su deseo, al reembarcarse llevaban consigo 300.000 pesos, 500 cabezas de ganado y multitud de prisioneros que no habían de salvar la vida sino a cambio de cuantioso rescate.



Morgan y los prisioneros de Puerto-Bello.



Pero cuando se trató del reparto de toda esta riqueza, sólo se encontraron 50.000 pesos. Lo que había sido del resto nadie lo ha sabido nunca,

a no ser el mismo Morgan. Después de todo, no hay que pedir a un pirata lecciones de honradez.

La toma de Puerto-Bello

Aunque pronto se hizo público que el atrevido inglés se había burlado de sus hombres, de todas partes acudieron aventureros solicitando un puesto en su banda. Y es que Morgan fué siempre uno de esos hombres que atraen y fascinan a las muchedumbres, gozando de cierto secreto poder para convencer a hombres medio salvajes que se someterían gustosos a sus órdenes y a sus caprichos.

Ahora disponía el bucanero de una partida tan numerosa como jamás la había soñado. La ciudad de Puerto-Bello era célebre por sus riquezas, y Morgan determinó hacerse dueño de ella. La población estaba defendida por dos fuertes, ambos con aguerrida guarnición; pero, ante la sed de oro de los piratas, nada valían la solidez de las murallas y el valor de los soldados españoles.

Morgan desembarcó a diez leguas de Puerto-Bello, y a marchas forzadas llevó sus hombres hasta el primer castillo. Delante, hacía marchar a una multitud de sacerdotes, monjes y religiosas, hechos prisioneros en anteriores correrías y cargados con largas escalas. Los defensores del fuerte vacilaban en disparar sobre los sacerdotes; pero uno de éstos, un viejecito heroico y animoso, les gritó: «¡Cumplid vuestro deber, hijos míos!» A la primera descarga, monjas y religiosos cayeron; los piratas colocaron las escalas y tomaron el fuerte por asalto, pasando a cuchillo a sus defensores y haciendo prisioneras a sus familias. Para tomar el segundo castillo, rotas ya las escalas, aquella horda salvaje empleó en su lugar los cuerpos de los ancianos, de las mujeres y de los niños que habían cogido en el primero. La entrada en Puerto-Bello era ya cosa fácil, y todo cuanto había de algún valor en la ciudad fué arrebatado, sus moradores hechos prisioneros, y

Morgan pidió a España un rescate por la ciudad misma.

Esta vez se hizo un reparto algo más equitativo de los despojos. A más de numerosas joyas y objetos de valor, se cogieron 250.000 pesos.

A Puerto-Bello siguieron Maracaibo y Gibraltar. Al salir de la población homónima del célebre Peñón que termina nuestra península, Morgan encontró que tres grandes navíos españoles le esperaban. El bucanero comprendió que no podía luchar contra tres barcos de guerra si empleaba los procedimientos ordinarios de combate. Así, apeló a otro sistema: cargó con maderos, ropas y otros efectos de poco valor sacados de las ciudades destruidas una barcaza que habían encontrado en Maracaibo, y prendiéndola fuego, la empujaron hacia el barco almirante, que pronto se hundió en medio de grandes llamaradas. Otro de los barcos trató de huir; pero como los piratas estaban muy cerca, viéndose perdida la tripulación, lo echó a pique y procuró ganar la orilla a nado, mientras la tercera nave se rendía sin resistencia.

Esta aventura dió a Morgan tanta confianza en sí mismo, que inmediatamente comenzó a proyectar una empresa que superase a cuantas empresas piráticas se habían realizado hasta entonces en el mundo. Pensó, nada menos, que en apoderarse de Panamá, la más poderosa y más rica ciudad de la América Central, después de Cartagena de Indias.

Nuestro aventurero no ocultó sus proyectos; antes bien, preparó la empresa con el mayor descaro. Al tener noticias de ella, presentáronsele numerosos reclutas, hasta que tuvo bajo sus órdenes un ejército de más de dos mil piratas. Todos ellos iban reuniéndose en Port Couillon (Santo Domingo), donde también fué Morgan acaparando provisiones, armas y barcos.

Para llegar a Panamá era preciso atravesar el istmo, subiendo por el río Chagres, cuya boca defendía el castillo de San Lorenzo. El ataque de este castillo y su defensa por los españoles fueron igualmente sangrientos. Toda una noche pasaron los piratas en sucesivos ataques, y una y otra vez fueron rechazados con numerosas bajas. Llegaba ya la mañana, y Morgan empezaba a desconfiar del éxito de su empresa, cuando, por casualidad, se incendió el polvorín del fuerte; siguióse tremenda explosión, y aprovechando los momentos de pánico, el ejército pirata se hizo dueño del castillo. Muchos de los españoles se arrojaron al río, prefiriendo la muerte antes que ser pri-



Saqueo de Panamá.

sioneros. de los que quedaron, la mayor parte fueron pasados a cuchillo.

La travesía de los bosques que había desde el río Chagres hasta Panamá fué en extremo penosa. Por todas partes los españoles habían destruido los campos y se habían llevado los comestibles. Aun en los pequeños combates que hubieron de sostener durante aquella marcha, los piratas no encontraron el menor botín que sirviera para alimentarlos. Los españoles fugitivos se llevaban las provisiones de sus compañeros muertos, y llegó día en que los hombres de Morgan, no encontrando otra cosa, hubieron de comer el cuero de las mochilas y correaes de sus propias víctimas.

Al cabo de diez días, los expedicionarios estaban a la vista de Panamá. Los españoles salieron a su encuentro, formando un ejército de 2.500 infantes y 400 jinetes, aparte de 2.000 toros bravos que se llevaban con objeto de introducir el desorden entre las filas de los bucaneros. El número de éstos había quedado reducido a 800; pero al cabo de dos horas este puñado de hombres había obtenido la victoria y se daba un atracón de carne de toro. Precisamente aquellos aventureros eran gente práctica en la matanza de reses. La toma de la ciudad, sobrecogida de terror, fué cuestión de tres horas solamente. Después de tres semanas de matanza y de saqueo, Morgan mandó a sus hombres que destruyesen la ciudad. La tea incendiaría hizo pronto su oficio, y Panamá quedó convertida en ruinas.

Ciento setenta y cinco bestias de carga, llevando tesoros inmensos en oro, plata y joyas, seguían a la banda de piratas cuando abandonó aquel sitio de des-

trucción. Y aquí volvió a hacer de las suyas el bucanero inglés. Cuando se trató de repartir aquella incalculable riqueza, a cada pirata le tocaron solamente 200 pesos.

Morgan, hombre honrado

Esto era ya demasiado. De todas partes salían amenazas, y el valeroso pirata tembló por vez primera. Una noche abandonó a sus compañeros. Precisamente se había firmado la paz entre Inglaterra y España, y Morgan consideró que había llegado el momento propicio para retirarse a una vida más tranquila.

MILITARES TOREROS

Fué el primer militar torero D. Rafael Pérez de Guzmán, hijo de los condes de Villamanrique del Tajo. Nació el 1.º de abril de 1802, recibió la educación propia de su alcurnia y a los diez y ocho años ingresó en el Ejército como oficial del regimiento del Príncipe, de guarnición en Sevilla. Sabido es que esta capital fué siempre cuna de los principales toreros, y, por consiguiente, el foco de la afición taurina. Influido por aquel medio, sintió D. Rafael la vocación de ser matador de toros; conoció toreros, vió corridas y se animó a torear en los cerrados, y encontrando el arte más fácil de lo que se figuraba, no pensó en nada que no fuera en hacerse matador, y de los buenos. Esta idea se arraigó en su mente hasta hacerle abandonar el Ejército para dedicarse de lleno al toreo.

La primera vez que vistió éste el traje de luces fué en Sevilla, el 23 de agosto de 1830, estoqueando de una manera magistral y él solo los ocho toros de la corrida; de ellos mató cinco de estocadas citando a recibir, y tres a volapié.

* * *

De toreros improvisados podríamos citar un montón, y algunos ocupando altos puestos en la milicia, que allá en la época de subalternía lucieron el garbo en el patio del cuartel, con ocasión de fiestas y regocijos del regimiento, estoqueando a maravilla moruchos de respeto.

Donde por primera vez ofició de «Tancredo» un militar fué en La Granja, y en ocasión de una jornada regía, cuando se organizó una becerrada, que habrían de estoquear los oficiales que allí se encontraban.

Era por la época en que hacía furor el auténtico «Don Tancredo», y uno de los oficiales, en un momento de entusiasmo, se arrancó ofreciéndose a consumir la suerte.

Corrió la noticia cual reguero de pólvora; y como entonces se consideraba aquella suerte, que nadie se había atrevido a copiar, como el colmo del valor, nuestro oficial fué el héroe del Real Sitio en los días preliminares de la corrida.

Poco después, en efecto, llegaba a Inglaterra con una fortuna de 40.000.000 de pesetas. Su riqueza hizo olvidar a todo el mundo la forma en que la había adquirido. Se le recibió bien en todas partes, y el rey Carlos II le armó caballero y le nombró gobernador de la Jamaica. En esta isla, Morgan se casó y fué un honrado padre de familia. Más de una vez, en sus nuevas funciones, tuvo ocasión de juzgar a algunos piratas; siempre fué implacable con ellos, y explicaba su rigor diciendo: «Ya es tiempo de que acabasen esos crímenes de alta mar».

Conforme se aproximaba ésta, el muchacho fué hablando menos de lo que pensaba hacer, esperando, sin duda, que se olvidase su ofrecimiento o que no se aceptase.

Pero no contó con la «huésped», y ésta fué su padre, un bizarro y viejo militar retirado, que se le presentó en el alojamiento días antes del fijado para el espectáculo.

—Me escribiste — le dijo — que pensabas hacer la suerte de «Don Tancredo» en la becerrada de tu batallón. Aquí te traigo un magnífico traje, que expreso te he mandado hacer; una espléndida peluca, medias, zapatos, etc., etc. Quiero que salgas irreprochable, como cuadra a un oficial. Pero tú no sabes en la que te has metido, y mucho me temo que, al abrir el toril, el miedo pueda más que tú. Esto es lo que no estoy dispuesto a consentir, pues un oficial español no corre jamás, y quien lleva mi apellido no hace el ridículo. ¿Ves este garrote? — le dijo enseñándole una monumental estaca—. Pues también lo he comprado para ayudarte a efectuar la suerte. En el momento de colocarte en el pedestal, me sitúo yo entre barreras, y desgraciado de ti si te mueves. Del primer estacazo te dejó seco.

Y cuentan las crónicas que el día de la fiesta taurina salió nuestro oficial al ruedo con el rostro enharinado, gracias a lo cual no se le notaba la palidez. Tanteó el pedestal, se subió a él dando un profundo suspiro, y antes de cruzarse de brazos dirigió una mirada hacia la barrera. En ella vió a su buen padre, que se escupía en las manos, tremolando la monumental estaca...

No dudó un instante más, e hizo la señal para que soltasen el bicho. Salió éste, arrancándose cual una exhalación contra el flamante «Tancredo».

Pero el garrote del padre, lanzando poderosos efluvios magnéticos, inmovilizó al oficial.

Instantes después, una estruendosa ovación premió la gallarda suerte, en la que tan eficaz intervención tenía la presencia de una estaca movida por unos brazos que, conmovidos, estrechaban más tarde al hijo querido.

EL SUBMARINO VOLADOR

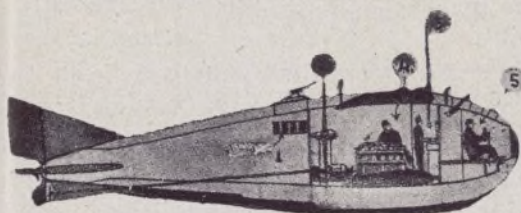
DEL CAPITULO DE INVENTOS

EL HIDROPLANO SUMERGIBLE



No podían por menos los ingleses, ya que ostentan la primacía de la marina de guerra, de ajustar los aparatos del aire a las condiciones del mar, dando así a la Aviación las cualidades necesarias para ejercer una colaboración eficazísima con la Marina.

cione, transformándose en un momento de ave en pez. Las excelencias de esta formidable máquina de guerra no necesitan del menor comentario. Por su extraordinaria maravilla científica hace recordar aquel cuento de «Las mil y una noches» en que un genio y

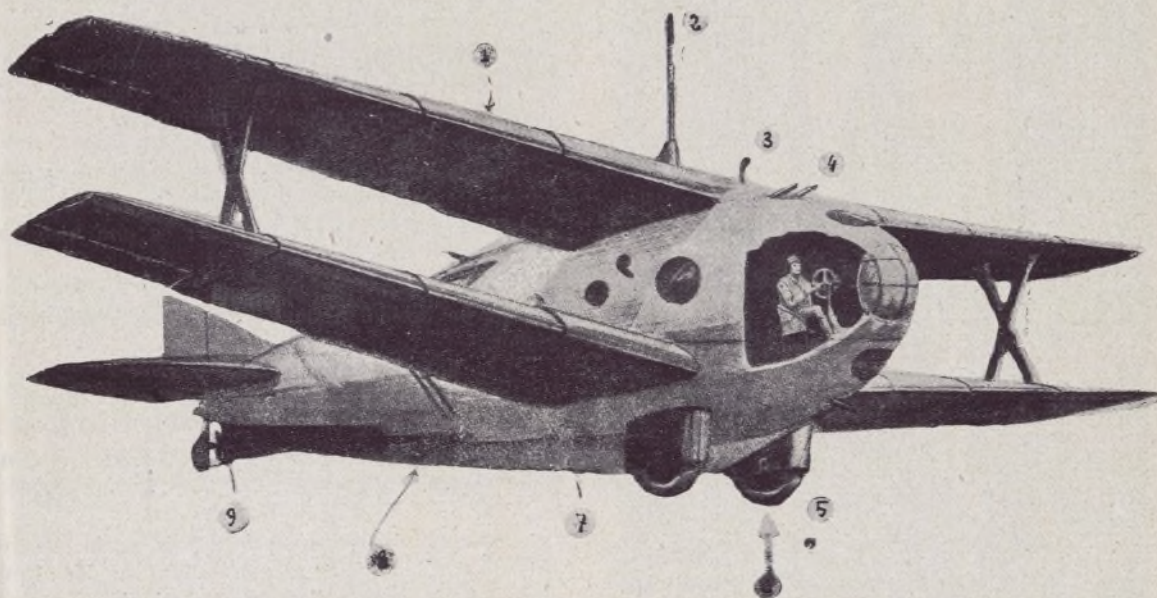


1. Cedilla.—2. Ametralladora.—3. Periscopio.—4. Sala de máquinas.—5. Cabina del piloto.

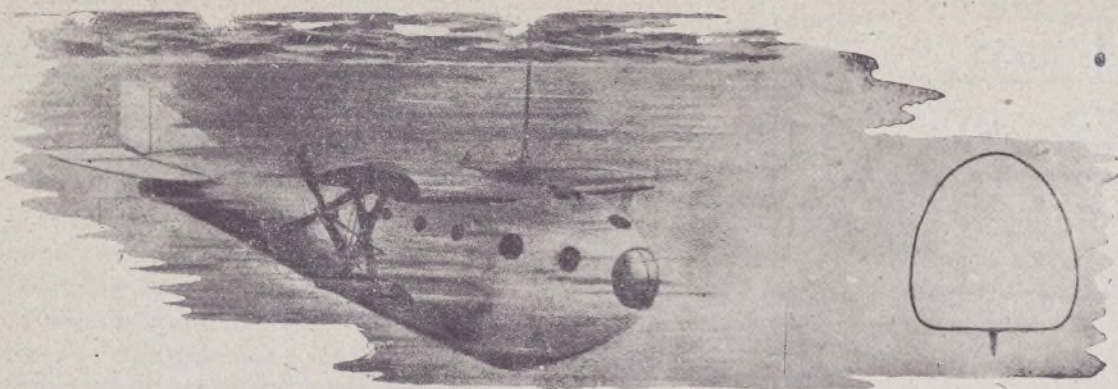
Efectivamente, el jefe de las fuerzas aéreas inglesas, general Stogg, ha presentado los planos de un hidroavión que puede convertirse en submarino. El aparato, de este modo, adquiere un definitivo poder: el aire, la superficie del mar y sus profundidades, serán elemento propicio para que la gran nave fun-

una maga, hija de rey, entablan un duelo a muerte, recurriendo para vencerse a toda clase de transformaciones. Así será este aparato: tan pronto batirá desde el aire al enemigo, como lo atacará desde las profundidades marítimas, según el medio más conveniente.

No en balde Inglaterra es la patria de Well,



1. Alas plegables.—2. Periscopio.—3. Ventiladores.—4. Ametralladoras.—5. Antena telefonía sin hilos.—6. Timón de profundidad.—7. Entrada del agua a los tanques de sumersión.—8. Línea de flotación.—9. Timón de agua.



Aspecto del aparato sumergido con las alas plegadas y todo colocado en forma que ofrezca la menor resistencia posible.
A la derecha corte que demuestra la forma de la quilla que asegura la estabilidad de flotación.

el fantástico escritor que en la moderna literatura ha continuado los sueños de Verne, realzados con un sentido intelectual. Este hidroavión-submarino parece, más que realidad, una fantasía del insigne escritor. Y, como se ve, además, el nuevo aparato de guerra va a llegar en el momento en que Macdonald se

halla en el Poder al frente de su partido laborista, lo cual parece ser una demostración de que las ideas, por muy socialistas que sean, comprenden la necesidad de tener un ejército dotado del mayor elemento posible, precisamente para mantener la paz.

PARA PASAR EL RATO

En las campañas de 1815-28-29-31-59-66-70-71 y 77-78, las velocidades de marcha han fluctuado entre 5 y 28 kilómetros por día.

Cuando la guerra de 1808, Napoleón recorrió el camino de Valladolid a Burgos, o sean 135 kilómetros, en doce horas y media.

Napoleón, en las campañas de 1805-1812 y 1813, varió sus velocidades entre 18, 20, 22, 24 y 25 kilómetros.

Como marchas notables, se citan la de Mac-Mahón, después de Woerth marchó en doce horas 51 kilómetros.

La del primer Cuerpo de ejército bávaro, que después de la batalla de Coulmiers recorrió en cinco días 145 kilómetros.

La de la brigada Albatucci, que en treinta y ocho horas recorrió 120 kilómetros.

En Nápoles se desafiaron doce franceses con otros tantos españoles. El Gran Capitán escogió los nuestros, y entró en el campo con todos. Sonó la hora señalada, y todos se dieron por buenos, pero declarando que ninguno era vencedor. Con este motivo preguntó el Gran Capitán a Don Diego García de Pa-

redes, que era uno de los doce:

—¿Cómo ha ido?

—Señor, nos dieron por buenos.

—Por mejores os había enviado yo.

El califa Hagiages, terror de sus pueblos y horror del género humano, acostumbraba a viajar de incógnito, sin acompañamiento ni distintivos.

Un día trabó conversación con un árabe.

—¡Hola, amigo! Dime: ¿qué especie de hombre es ese Hagiages de quien tanto se habla?

—Hagiages no es, un hombre; es una hiena, un monstruo.

—¿De veras?

—Se ha bebido la sangre de un millón de desgraciados.

—¿Le has visto alguna vez?

—Nunca.

—Mírame... Soy yo.

—¿Y vos sabéis quién soy yo?—repuso el árabe sin turbarse.

—No.

—Pues soy de la familia de Zobair, en la que cada uno de sus individuos se vuelve loco un día al año, y no sabe lo que se dice. Hoy es mi día.

Hagiages se sonrió y le perdonó.

EL REY DEL MAR

POEMA CATALAN
por
VÍCTOR BALAGUER

Viudo se halla el mar de tus galeras, ciudad con-
dal. Ya en él no se reflejan los leños y saetías que
surcaban tus resbalantes olas, los que paseaban el
pendón de tus Barras desde el Bósforo de Tracia ha-
sta el Calpe como heraldo de victoria, los que al cru-
zar los golfos contemplaban a Pisa callada y a Gé-
nova vencida, los que, sin más flete que la gloria,
hallaban siempre muda la tempestad y sojuzgado el
mar ante sus proas.

Pasaron ya tus tiempos, ciudad condesa. Mar de
mi tierra, ya no tienes por huéspedes las triunfadoras
escuadras que por tu camino iban a vengar los agra-
vios inferidos a la patria, y los vengaban. Y enton-
ces nuestras galeras venían por el mar empavesadas,
pues que, a más de la victoria, traían a remolque
sartas de naves extrañas prisioneras que llevaban a
rastras por las olas los humillados estandartes de los
monarcas vencidos.

Día de horror, pero día de gloria inmarcesible fué
para tí, ciudad condesa, aquel en que oíste sonar
por vez primera un nombre que fué de entonces más
tocayo de victoria.

El sol nació, rodando su globo por entre nubes
enrojecidas y sangrientas, como si adivinase que iba
a alumbrar un día de sangre, cuando las galeras de
Roger de Lauria aparecieron silenciosamente ante el
puerto de Malta, largas las velas, alzadas las flámu-
las, entablados los ballesteros y el remo a la sordina.

Los provenzales dormían.

—En buen hora llegamos. A ellos, señor, a ellos,
que todos son nuestros—dijo el almogávar.

—Nunca en mi vida: despierta quiero yo la gente,
que no dormida. No se dirá nunca que gané mi pri-
mera batalla por encontrar dormido al enemigo. ¡Vía
sus! ¡Arriba los ballesteros! ¡No me erréis tiro!
¡Adelante por Aragón cuando despierten! ¡Cuernos,
tocad! ¡Sonad, trompetas! (1)

Así dijo Roger, y, abarloadas las naves, entraron
puerto adelante, afrenilladas todas una a otra.

A mal son despertaron los provenzales, pero Ro-
ger aguarda a que el enemigo se prepare y ordene.
Si para su corazón de caballero es poca la tardanza,
para sus alientos de batallador es mucha.

Comienza el combate, ¡Dios de justicia! ¡Señor
omnipotente! Mientras la escuadra avanza, se puebla
el aire de toques de trompeta, de ruidos insólitos, de
gritos de guerra, lamentos de muerte y voces de ven-
ganza. Zumban las piedras, cortando el aire al salir
disparadas de la honda, y al resonar la voz de abor-

(1) Palabras de Roger de Lauria antes de comen-
zar el combate de Malta. La batalla que aquí se des-
cribe fué la primera que ganó aquel célebre Almi-
rante, a quien ya nunca más abandonó la victoria.

daje, envía Dios de súbito la tormenta para azotar
las encrespadas olas. Pero ¿qué vale la tempestad
para pechos de bronce? ¿Qué vale el huracán para
los que vuelan a la gloria en sus naves aparejadas?



Las tormentas más fieras son tan sólo hálitos de dulces brisas y soplos de frescas marinadas para los héroes que tripulan las galeras.

¡San Jorge y Aragón! ¡Vía sus! ¡Arriba los nuestros! Todo es horror y destrucción y ruina. Cada nave es un castillo, cada marino un bravo, cada combate una proeza. El estrépito de la lucha apaga todos los demás ruidos... ¿Qué significa, qué, la fiebre del huracán que por los aires cunde, ante la furia de las naves que se arrojan a la lucha? Cada una de ellas lleva en su seno un huracán de hierro y fuego.

Rudo es el combate y ardiente. Tan sólo se oyen, en medio del estruendo, voces de mando enronquecidas, gritos de los que apellidan guerra, gemidos de los que sucumben, golpes, y quejas, y sollozos, ruidos espantables, el chocar de las armas, el resonar del hierro, el crujir del maderaje, el silbar de las saetas, el martilleo de las tablas, el zumbido de las piedras, el disparar de los dardos y el tronar de las trompetas.

Ya las naves se juntaron. ¡Al abordaje! El furor redobla. ¡Maldito sea quien se quede atrás en este

día! Como lobos feroces, así caen los almogávares sobre las galeras provenzales, cual si abrevarse quisieran en la sangre que arrojan las heridas de cuantos yacen extendidos por el puente y dejan escapar por ellas sus fugitivas vidas. Los ballesteros y honderos no dan paz al enemigo ni tregua al brazo. Los buques se embisten y chocan; luchan cuerpo a cuerpo los combatientes; las pesadas enrojecidas armaduras resuenan bajo los golpes de su férrea destreal; la sangre de vencedores y vencidos, mezclada y revuelta, resbala por la cubierta; ruedan por el puente los troncos mutilados, y tiemblan y desmayan hasta aquellos que más avezados se hallan a escenas de lucha y de matanza.

¡Fama inmortal al vencedor! Jornada fué de eterna gloria. De aquel día en adelante Roger de Lauria fué el primogénito de la victoria. Su vida heroica, su historia homérica, eternamente vivirán como viven aún, y, sagrado ejemplo para el porvenir, siempre serán un ara de amor patrio, un templo de honor, un monumento de lealtad y fortaleza...

VÍCTOR BALAGUER.

Las plumas como emblema militar

De muy antiguo las plumas han sido emblema del guerrero. Ya en la época prehistórica, los hombres de armas llevaban plumas en la cabeza como distintivo de su clase militar. Una pintura de los tiempos de Seti I nos presenta un antiguo guerrero europeo con tal adorno marcial sobre la cabeza.

En Egipto, el penacho, cuya invención se atribuye por Plinio a los casios, fué el especial distintivo de los centuriones y tribunos militares romanos.

Al invadir los bárbaros las tierras europeas, hicieron desaparecer de la escena militar esta clase de distintivo, que luego, en la Edad Media, se resucitó como adorno y prenda militar en los cascos de los caballeros, que de tal serte se distinguían de los de los simples soldados.

Esta moda parece ser que tuvo su origen en Francia, donde tomaron tales enseñas el nombre de *coquards*, sin duda de las plumas de gallo que las formaban.

El primero que usó las plumas de avestruz en su casco fué el Príncipe Negro de Inglaterra. Después las llevó en España, cuando vino con sus caballeros

y soldados a auxiliar a D. Pedro el Cruel, copiando los españoles tal moda, que más tarde había de generalizarse hasta el punto de ser distintivo de hidalguía militar.

Introducida esta moda en forma más general entre los franceses, Carlos el Victorioso y los demás monarcas y grandes señores del país llegaron a exagerar verdaderamente el tamaño de tales plumas, que contaron una gran variedad en formas y colores.

Enrique II las usaba de tal forma y riqueza, que al entrar en París llamó la atención de cuantos lo vieron.

La decadencia de la antigua caballería trajo la del uso de los penachos, generalizándose de tal modo, que los llegaron a llevar, no sólo los soldados, sino hasta los hombres de paz.

Hernán Cortés cuenta que en Méjico usaban las plumas como emblema guerrero, empleándolas en la confección de estandartes militares. Hacia 1700 desaparecieron de la indumentaria militar, y al estallar la Revolución francesa vino nuevamente el resurgimiento de las plumas y penachos.

LA EXPERIENCIA

CUENTO POR
JOSE ECHEGARAY

Don Tomás Barrientos era persona de juicio y de prudencia. Nunca tomaba resolución alguna sin meditarla largo rato y sin pensar antes las ventajas y los inconvenientes en balanza de precisión.

No, hombre precipitado no lo era don Tomás. Y no se fiaba de su razón, ni de sus impulsos naturales, ni de su instinto, sino que pesaba y medía las cosas y las contrastaba en la experiencia propia y en la ajena.

A la experiencia le profesaba don Tomás Barrientos culto respetuoso.

En lo pasado decía él que estaba escrito lo por venir, y que allí debía buscar todo hombre las reglas de su conducta.

El raciocinio *a priori* era engañoso, propio sólo de idealistas insubstanciales y de los viejos siglos de la metafísica.

Y así él, siempre que había de tomar una resolución en asuntos de cierta importancia, buscaba en su memoria o en los apuntes de su diario algún caso análogo, y en él tomaba enseñanza, y por sus enseñanzas se decidía a ejecutar tales o cuales actos.

Pero como el diablo es travieso y a quien más le gusta atormentar es al hombre prudente, la experiencia le solía dar soberanos chascos a don Tomás Barrientos.

En el orden moral también sufrió algunos desengaños. Le prestó a un amigo seis mil reales sin recibo, y el amigo se los negó.

De donde dedujo él esta regla experimental: no se debe prestar nada a los amigos sin el recibo correspondiente.

Pero le acompañó en cierta ocasión hasta la puerta de su casa otro amigo de los más íntimos, y como en aquel momento empezase a llover, le pidió prestado el paraguas.

Y don Tomás, acordándose de la regla que se había impuesto, le dió el paraguas, sí, pero le exigió que subiese y le extendiera un recibo.

Hay, sin embargo, gente muy susceptible, y el amigo se ofendió de veras, le tiró el paraguas a la cabeza, le llamó imbécil y le volvió la espalda.

Don Tomás escribió en su diario: «Aunque siempre hay cierto riesgo, los paraguas pueden prestarse a los amigos íntimos sin necesidad de recibo.»

Iba por la Carrera de San Jerónimo una tarde de verano nuestro don Tomás, naturalmente de cara al sol, y en dirección contraria venía una señora que resultó ser muy guapa.

Tropezó con ella, que fué tropiezo agradable, y se disculpó galantemente diciendo:

—Dispénsame usted, señora; iba deslumbrado, y es natural, puesto que iba de cara al sol.

Y acompañó la galantería con un ademán gracioso, que indicaba claramente: «el sol es usted».

La señora resultó muy amable, le tendió la mano sonriendo y se hicieron amigos.

Don Tomás escribió en su diario: «En las tardes de verano hay que ir por la Carrera de San Jerónimo de cara al sol, y hay que tropezar con todas las señoras guapas.»

Pero al año siguiente, por la misma época, quiso aplicar la fórmula.

Tropezó con otra señora intencionalmente, repitió la fórmula galante, y sin esperar a que ella le diese la

mano hizo ademán de cogérsela, cuando sintió que otra mano formidable caía sobre su mejilla y le hacía ver, al mismo tiempo que el sol poniente, todo un surtidor de estrellas.

Fué preciso modificar el resultado de la anterior experiencia, agregando: «Pero ante todo conviene averiguar si la señora con quien ha de tropezarse va sola.»

Y así se iba tejiendo la vida de don Tomás, y con ajustar puntualmente su conducta a las enseñanzas de la experiencia, así y todo llovían sobre el señor de Barrientos conflictos, calamidades y desengaños.

—¿En qué consisten—se preguntaba él a sí mismo—estos chascos que la experiencia me da? ¿Pues no afirma el adagio vulgar que la experiencia es madre de la ciencia? ¿Cómo para mí sólo la madre amorosísima se me trueca en madrastra cruel?

A pesar de todo, don Tomás Barrientos seguía aplicando a su conducta el método positivista.

Y siguieron menudeando los conflictos experimentales y los bofetones prácticos.

Decididamente, en algo consistía su desdicha; pero ¿en qué consistía?

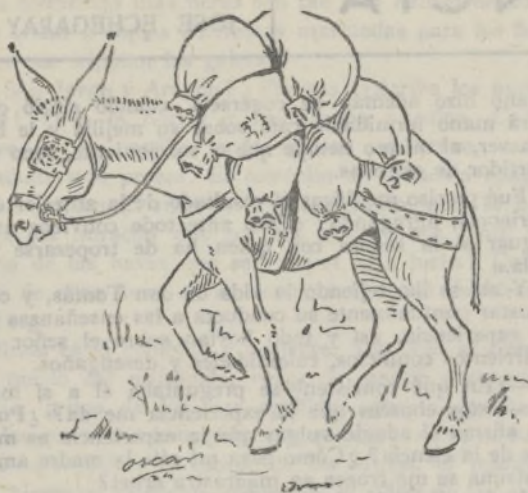
Al fin, cierta mañana en que por entretenerse en algo leía un libro alemán de fábulas, encontró en una la clave del problema.

La fábula, en substancia, es como sigue: En una tarde de agosto, por terreno áspero, entre laderas áridas y bajo un sol de fuego, iba un borrico cargado con unos cuantos sacos de sal.

La carga era enorme para el pobre borrico, que caminaba jadeante y sudoroso.

Los sacos eran viejos, con remiendos mal cosidos y agujeros y roturas por donde la sal se escapaba,





cayendo sobre las ancas y el cuello del desventurado animal.

Con el sudor formábase salmuera, que le penetraba por los poros; y el sol, la sal, la carga y lo escabroso del camino se ensañaban en el borrico, hasta el punto de enloquecerlo de cansancio, dolor y desesperación.

Y no se nos diga que no es verosímil que un borrico enloquezca, porque se han dado muchos casos, y es de esperar que se den otros muchos en lo futuro.

Cuando ya el borrico, que no podía más, estaba a punto de caer, llegaron él y el mozo que lo guiaba, y que a puro palo venía animándole, a un riachuelo, que a poco más hubiera sido río, porque arrastraba bastante caudal de agua.

En el riachuelo se metió el borrico, o le metió a palos el mozo; pero al llegar al centro tropezó, y la bestia y los sacos cayeron al agua.

No se encontró mal en aquella postura el pobre asno; así es que estirando el cuello y sacando el hocico para no ahogarse, se quedó de buena gana todo el tiempo que pudo en el centro de la fresca y consoladora corriente.

El mozo juraba y maldecía, pero no podía levantar al animal ni podía darle de palos a su gusto; así es que tal estado de cosas se prolongó mucho tiempo.

Cuando al fin el borrico se levantó y salió a la otra orilla, toda la sal se había disuelto en el agua y los sacos estaban vacíos por completo.

¡Qué dicha experimentó la pobre bestia, qué felicidad tan honda! El peso había desaparecido, la salmuera se había lavado y terminó la jornada con un trote ligero y gozoso.

Si don Tomás hubiera sido el borrico o el borrico hubiera sido don Tomás, cosas ambas que, dada la fecundidad de la Naturaleza, sus grandes recursos y su infinita variedad, no son completamente absurdas, hubiera escrito en su diario: «Cuando se lleva una carga muy pesada y se encuentra un arroyo, hay que dejarse caer en él y hay que estar en el agua un buen rato.

Pues esto hizo el borrico, según parece: escribir esta sentencia o este consejo en alguna de las circunvoluciones de su cerebro asnal, porque al cabo de algún tiempo venía otra vez por el mismo sitio con otra carga, que esta vez no eran sacos de sal, sino una verdadera montaña de esponjas, y sucedió lo siguiente:

Todo era igual a lo que fué en la primera ocasión: la época del año, pues era un abrasador día de ve-

rano; el sitio, que por el mismo barranco caminaba el asno y hacia el mismo arroyo se iba aproximando; el cansancio, porque la jornada había sido larga, aunque la carga no era tan abrumadora como la otra vez; las molestias, porque lo que no era en salmuera iba en moscas; todo lo mismo, con esta única diferencia: la de llevar sobre el lomo esponjas en vez de llevar cargamento de sal.

Pero estas diferencias no puede apreciarlas un borrico; pedir que las apreciase sería pedir demasiado a su modesta inteligencia.

Así es que el animal iba pensando consigo mismo:

—Todo esto será hasta que yo llegue al arroyo; en cuanto llegue, me echo en el agua, y en cuanto me eche, se acabó la carga y me levanto tan fresco y ligero.

Así fué que, al acercarse a la arroyada, el borrico volvió la cabeza, miró con sorna al mozo que le guiaba, levantó el labio, que fué una manera de sonreír, porque enseñó los dientes y pensó para sí:

—En cuanto lleguemos al arroyo, verás tú.

Y, en efecto, llegó a poco, pentró con cierto trote-cillo provocativo, y en cuanto se vió en el centro, se dejó caer, y en el agua se sumergieron las esponjas.

Así estuvo un rato, y al fin se levantó; pero aquí fué ella.

¡Escarnio de la suerte, desengaño cruel, traición infame!

La sal de la otra vez se había deshecho, pero las esponjas se llenaron de agua, y la carga se multiplicó de una manera abrumadora.

Apenas pudo el borrico salir del arroyo, y el resto del camino fué na continua agonía. Las piernas se le doblaban; a palos le hacía levantar el mozo, y el sudor de la fatiga se mezclaba con lo que chorreaba del empapado cargamento.

El borrico no sólo iba muerto del cansancio, sino abortó y confidido y abriendo mucho los ojos, como quien dice:

—No lo comprendo, esto sí que no lo comprendo.

Realmente, es pedir demasiado empeñarse en que un borrico entienda lo que muchos hombres, con ser hombres, no llegan a comprender; el método experimental y el método histórico tienen sus inconvenientes y sus quiebras.

Don Tomás leyó la fábula, y al concluir la se dió una palmada en la frente y dijo lo que se dice al fin de muchas comedias:

—¡Ahora lo comprendo todo! La sal se deshace en el agua, la esponja la absorbe. La carga desaparece en un caso, pero se acrecienta en el otro. Eso me ha sucedido a mí muchas veces en la vida—pensó don Tomás—. Sí, gran cosa es la experiencia, pero en cada caso hay que distinguir y analizar y no proceder de ligero. En adelante, antes de echarme en el arroyo me enteraré de si la carga que lleva es de sal o de esponjas.

Y así lo hizo en adelante. Y cuenta la historia que lo pasó bastante bien.

Su modestia fué recompensada: se había resignado a recibir las lecciones de un pollino, y obró prudentemente, porque a veces los más humildes dan lecciones provechosas a los más sabios.

Le fué bien hasta el fin, repetimos, porque algún tiempo después pensó en casarse, y lo estuvo dudando, porque no sabía a punto fijo si la nueva carga iba a ser de sal o de esponjas.

Pero como la novia era andaluza y muy salada, creyó lo primero y se metió en el agua resueltamente; es decir, que se casó y fué feliz. Y aquí se acabó la historia de don Tomás Barrientos y del borrico de la sal y de las esponjas.

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACION)

—¡Pero una vuelta nada más! Quedarse aquí, no. Obligarlos a quedarse aquí, no. Eso no hay dinero que lo pague.

Al día siguiente fué la marcha. Aun amarrado el barco al muelle, ya las chimeneas humeaban, denunciando la inminencia de la partida. Por la escalera de proa subían los desengañados de América, que regresaban cabizbajos a la patria. Por la del centro, los que partían alegremente para disfrutar de su triunfo. Las grúas levantaban fardos y baúles. Un caño, como el cauce de una catarata, dejaba caer un río de grano, un río de oro, en una de las bodegas del trasatlántico.

Ya a bordo, los huéspedes del *Piornelo Hotel* quedaron sorprendidos viendo sobre la toldilla, con gorra de viaje, a Portela, al ilustre Portela y Portuondo. Habían acudido a recibirle miles y miles de personas y le despedía tan sólo el doctor Madariaga, el único que no se hizo ilusiones respecto a él. Reconoció Portela a Villasuso y un momento hablaron. Partía lleno de quejas para con el país. Todo cuanto le diera todo se lo quitó. Pero no podía repetir la frase resignada del paciente profeta: «ni pierdo ni gano». Había perdido ilusiones, trabajo, tiempo, cosas también muy respetables y muy dignas. Ultimamente se le ocurrió, como Villasuso sabía, interesar la gratitud directa de algunos habitantes del país, escribir un libro elogiando, en diversas lenguas, a unos cuantos centenares de individuos. Y comentó muy melancólico:

—Pues nada. De esos cuya biografía trasladó usted tan concienzudamente a sus idiomas natales, no hubo uno que pagase siquiera el ejemplar...

En el comedor, en el *fumoir*, en el *restaurant*, en todos los salones del buque, había el bullicio de una fiesta. Dejaba oír la música tocatas ruidosas, y los taponazos del *champagne*, aunque ahogados por las servilletas, llegaron a recordar los cohetes de una romería. Todo aquel mundo estaba alegre. Eran europeos que regresaban a sus lares, hecha la fortuna; gentes del país que salían para un viaje de recreo acariciado durante años y años; individuos aún con negocios sin liquidar, pero que podían permitirse el consuelo de una vuelta por la tierra. Conociase a los que marchaban por el contento con que hacían los honores ante su mesa. Conociase a los otros por el pesar, no completamente oculto, de quedarse. Nadie había que dejase aquello con pena. Todos, por el contrario, parecían librarse de un peso, de una angustia. Los músicos, que sólo permanecieron allí breves días,

estaban tan alborozados, con una alegría tan radiante, tan desmedida, tan escandalosa, que, a pesar de todo, la gente argentina comenzó a mirarlos con severidad. No lo notaban. Tenían que lanzar de tiempo en tiempo unos gritos bestiales a compás de la música y nunca seguramente los lanzaron de mejor gana; tenían que pasear tocando por el salón y sus pies bailaban al hacerlo.

Era la música un pasodoble español de mucho carácter, un pasodoble evocador de tardes de sol, de un ambiente perfumado de claveles y lleno con el tintinear de las calesas que marchan hacia la plaza de toros. De pronto, como emborrachado con todo aquello, el hombre del contrabajo se sintió actor en la fiesta, picador. Y en vez de azotar las cuerdas, como hasta entonces, cabalgó decidido en el enorme instrumento y se puso a simular la suerte, toda la suerte de varas. Sacudió la cabeza descubierta como si arrojase el sombrero, aguantó, puesto el arco bajo el brazo, una vara magnífica; pidió el aplauso con el gesto y pareció ceder en otra vara y hasta rodó por la alfombra con el instrumento cuerdas arriba.

Los huéspedes del *Piornelo Hotel* no pudieron aplaudirle. En el salón entraba una mujer de belleza asombrosa, de andar displicente, que todo lo llenó





con la gracia de su figura y la luz verde de sus ojos. ¡Ella, Estela! ¿Iba a Europa? ¿Haría el viaje en el mismo buque? No. Pronto comprendieron que venía a despedir a una familia amiga. Después de charlar un rato ante cierta mesa y mojar los labios en el *champagne*, se alejó lánguida y rítmica, apoyada con descanso en el brazo de un joven desconocido para sus amigos de otro tiempo. ¿Era el marido? ¿Se había casado en aquellos meses que nada supieron de ella? ¿Sería sencillamente el novio? Daniel y Farfán nada se dijeron de estos pensamientos, respetando mutuamente sus amarguras. Los compañeros, que nada habían advertido, mientras vaciaban sus botellas, hablaban felicitándolos, envidiándolos.

—¡Dichosos vosotros!

—¡Quién como vosotros!...

Ya no se bebía ni alborotaba en torno a las otras mesas. Salía gente, y una campanilla, cantando allá fuera, anunciaba que pronto el buque levaría anclas. Iba a llegar, para Daniel y para Farfán, el momento tan esperado y hubieron de reconocer que no se sentían nada alegres. Daniel creyó del caso dar algunas explicaciones. Las despedidas, en su concepto, siempre eran tristes, y más cuando se dejan amigos verdaderos, afecciones hondas. Farfán de los Godos ni eso hizo. Callaba, pálido, emocionadísimo. Sólo cuando ya apenas había gente en el salón, cuando casi quedaron solos los que se iban, habló. Habló con acento trémulo, con voz empañada por las lágrimas, repeliendo las felicitaciones de última hora.

—No se vive nunca en vano en sitio alguno, no se va dejando inútilmente la vida en las zarzas de los caminos...

Siguió, ahogándose con la propia emoción. Sus amigos les envidiaban la fortuna de marchar y aca-

so nadie tan verdaderamente digno de lástima como ellos. Los otros, los que se quedaban en la pelea, aun tenían la ilusión y la esperanza encantándoles las horas. ¿Y ellos, en cambio? No era para envidiarlos realmente ni para felicitarlos de aquella manera. Todo acababan de perderlo. El barco, que pronto estaría zarpando, comenzaría a acercarlos, con cada vuelta de su hélice, a la realidad, a aquella cosa pavorosa que la realidad era siempre. ¿No sabían el cuento? Pues que escuchen. Un día, cierto individuo, muy niño, aún, dejó la aldea nativa en busca de fortuna. Su madre, por todo dar, le dió, para el viaje, unas manzanas. Y, andando el tiempo, ya hombre el niño, aquellas manzanas con que le despidió la patria se convirtieron en la cifra y el resumen de su ambición. ¡Qué manzanas comería cuando fuese rico! Y lo fué. Pero no había manzanas como aquellas en parte alguna. Se las trajeron de lejos, espléndidas, envueltas en papel de plata, entre algodones, en cestos magníficos. ¡No eran! ¡Las manzanas de su aldea tenían otra fragancia y otra lozanía y otro sabor! Por fin, ya viejo, liquidó sus negocios, se embarcó, llegó a la aldea. Era el tiempo de las manzanas; lo había calculado perfectamente. Y cuando se las trajeron se indignó. ¿No había teleografiado desde el puerto que le tuviesen preparadas las mejores? ¿Por qué entonces le traían aquellas manzanas pequeñas, arrugaditas, escuchimizadas? Y más le aterrorizó la respuesta: «Las mejores son éstas; usted sabe muy bien que aquí nunca ha habido otras...»

Y no pudo seguir hablando Farfán. Se ahogaba...

Sueltas las amarras, comenzó a alejarse el buque, rozando el muro donde la gente estaba apiñada para verlo partir. Dentro seguía sonando la música, música ahora de banda, con estruendoso ruido de metales. Desde la borda oyeron Daniel y Farfán las últimas palabras de sus amigos:

—Hasta allá...

—Hasta pronto...

Farfán murmuró lúgubrementemente:

—¡Hasta nunca!

Y agregó que iba muerto. Pero de repente tuvo un brusco fulgor de vida en los ojos. Acababa de descubrir, entre la apretada muchedumbre extendida a lo largo del muelle, a Estela, agitando en la mano blanca el pañuelo, que debía oler a aquella su esencia inconfundible. Al lado de Farfán las amigas contestaban moviendo otros pañuelos olorosos, y Estela sabía mirarlos y sonreírles sin tropezar nunca con su mirada tan próxima, sin darse cuenta del ansia con que su corazón hubiera recogido todavía una de aquellas sonrisas.

El buque enfilaba ya la salida de la dársena. Su marcha aumentó. Ya estaba visiblemente separado del muro y pronto comenzó a dejar agua entre su popa y la ciudad, cuyos altos edificios surgían por sobre los barracones del muelle. Calló la música. La

marcha del buque aumentó, aumentó... Daniel y Farfán, sin decirse nada, miraron, buscaron algo entre la apretada masa de gente. Allá seguía, inconfundible aún, viéndosela sonreír a pesar de la distancia, agitando su pañuelo... Fué Daniel quien habló.

—Parece que ahora se dirige a nosotros.

—Parece. Parece que nos llama...

Se estremeció Daniel. Ya estaban lejos, muy lejos. Sin embargo, el pañuelo continuaba viéndose, moviéndose inplacablemente, llamándolos... Pero Farfán tuvo un arranque increíble. Como hablando consigo mismo, declaró en voz firme y heroica:

—¡Yo, no; yo no vuelvo!

Aun estaba Daniel en la toldilla del vaporcito que, casi al borde del trasatlántico, le recogió en Villareal, cuando al doblar una de las puntas de la ría se le presentó delante Ablay del Auro como si se hubiese adornado para recibirle. Jamás fué tan bella la montaña donde reclinaba sus casas hidalgas ni se reflejó más bellamente en el espejo del mar. Ya cerca del muelle distinguió en una lancha a sus amigos, los más íntimos, felices hombres, de guitarreo a la luz poética del crepúsculo. No le conocieron, a pesar de llamarlos por sus nombres, moviendo los brazos. Un instante acallaron la música bonita que entre los dedos les cantaba; pero volvieron a tocar, ya sin interés por la voz inoportuna. ¡Qué bestias! ¡Iban a oírle, por la noche, en el Casino!

Y sonrió a la idea de presentarse dejando salir del bolsillo alto, petulante y agresivo, el billete que les habló un día. Sólo que no tardaron en ocupar su pensamiento cosas más importantes. Al llegar a la fonda encontró esperándole una carta de Armida, en la cual la dulce criatura le ofrecía un rato de conversación para la tarde siguiente, a eso de las cinco, delante de su casa, en el banco de piedra donde estaría esperándole. Sabiendo cuánto se querían, sus hermanos habían dejado de oponerse a aquellos amores. ¡Y qué ganas tenía de verlo! Le parecía un sueño todo. ¡Un sueño que su Daniel regresase así, en la fecha prometida, como si al salir tuviese ya clara la noción de su destino y de su triunfo!

Daniel besó la carta y marchó al Casino para distraer unas horas de la larga espera. Precisamente en aquel momento bajaba Agustín el de la fábrica, uno de los bateleros de la tarde, recontando algunas monedas. Daniel se detuvo a esperarle; y como el otro pretendiese seguir indiferente, le increpó casi en serio:

—¿Pero es así como se recibe a un amigo?

Seramente arguyó Agustín que supuso no conocería ya a nadie.

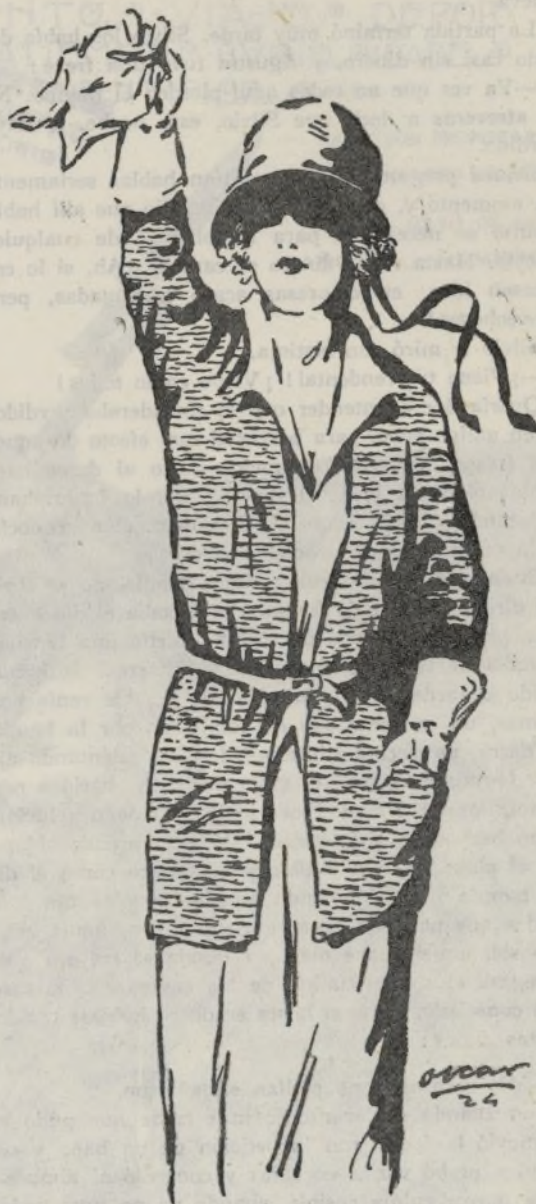
—¡Como a todos los que vuelven les pasa lo mismo!

El otro le obligó a abrazarle, a tirar el cigarro *scándido* que encendía, a aceptar uno magnífico que le dió en cambio, a volver.

—Hay excepciones, animal. ¿Quiénes están arriba?

—Los de siempre.

Todos le recibieron como si le hubieran visto el día antes. Pero al fin, ante sus quejas, ante sus protestas de ser el de siempre, y principalmente ante el pedido que hizo de *champagne*, decidieron ser también los de otras épocas. Sólo que no sin condiciones.



—Nada de venirnos con el himno a esa tierra de donde llegas, y sobre todo nada de ches. Hablas como nosotros. Si no te conviene, pueden llevarse el *champagne*.

No entonó Daniel himno alguno en honor de la tierra de donde venía; pero como la luna iluminase bien aquella donde estaba, cantó largamente sus excelencias. Les aburrió lo mismo. Los indignó al decirles que tenían la culpa de las desgracias locales con aquella manera de perder el tiempo. ¡Si allí se trabajase como se trabajaba en otros sitios! Para

atajarle le preguntaron si traía el dinero prometido y si tallaba unas pesetas. Silvio, el boticario, defendió su derecho a tallar.

—Estáis más acostumbrados conmigo. Este, a lo mejor, aprendió por esos mundos alguna trampa nueva.

La partida terminó muy tarde. Silvio los había dejado casi sin dinero, y Agustín tuvo una frase:

—Ya ves que no todos aquí pierden el tiempo. No te atreverás a decir que Silvio, esta noche, lo haya perdido.

Daniel preguntó si le permitían hablar seriamente un momento y, obtenida la venia, dijo que allí había cuanto se necesitaba para la felicidad de cualquier pueblo. Hasta ni de dinero se carecía. ¡Ah, si lo colocasen bien, en empresas acaso arriesgadas, pero provechosas!

Silvio le miró con lástima.

—¡Viene trascendental! ¡Viene como todos!

Quería dar a entender que lo consideraba perdido. Buen amigo suyo, para borrar el mal efecto de aquellas frases, hizo otra de mejor gusto al despedirse. ¡Que colocasen bien su dinero! Ya lo intentaban. Colocándolo bien, lo que se dice bien, él no conocía nada como el monte, como la ruleta...

Cuando le dejaron sus amigos, Daniel no se dirigió directamente a la fonda. Comenzaba el día y estuvo paseando, viendo amanecer. Partía una lancha, llamaba el vaporcito que desde Villarreal le había traído la tarde última, un sol muy amable venía por el mar, un cantante son de campanas por la banda de tierra, un perfume intenso, de leña calentando algún horno, incensaba el viejo pueblo y, heridos por el sol, los prados de Piornelo y de Goyán relucían como hechos de seda verde, hilada y cardada. Hundió el alma en el olor tibio y balsámico como el de un templo y siguió viendo aquellos prados tan humildes que parecían tener alma también, aquel bendito sol, aquel suave mar por donde se creyera que navegase el son cristalino de las campanas. Y suspiró consolado, como si hasta entonces hubiese tenido ciertas dudas:

—Mis manzanas no podían engañarme.

Aun cuando se levantó lo más tarde que pudo y conmovió la fonda con la petición de un baño y se afeitó y probó varias corbatas y concedió al almuerzo la mayor calma posible, cuando ya no tuvo nada que hacer faltaban dos horas largas para las cinco. ¿Cómo entretener todo aquel tiempo? Prefirió ir acercándose poco a poco, dando un lento paseo, parándose a ver las mil cosas bonitas del camino. Pero por muy lentamente que quiso andar, por mucho que se detuvo en la contemplación del paisaje, cuando llegó a Goyán en el atrio de la casa hidalga había tan sólo un gran silencio, una quietud augusta, y en el banco musgoso, hasta donde la parra, plantada para dar un toldo al patín, aún no había extendido sus hojas benéficas, sólo el sol le esperaba. ¿No in-

fluiría, sin embargo, su proximidad en el ánimo de la dulce criatura? ¿No le diría el corazón quién estaba allí?

Al momento sintió pasos dentro de la casa, como acercándose a la gran escalera de granito; pasos que le hicieron levantar el rostro empalidecido por el ansia y esperar con emoción tan grande que el corazón, al latir, parecía lastimarse contra las paredes del pecho. Lamentablemente, no era Armida. Era uno de los hermanos, el pequeño, el más bárbaro, el que había apaleado a un rondador de la muchacha hasta dejarlo por muerto, asomando risueño un momento. Y tosía además con tos molesta, casi alarmante. Después se metió dentro y oyó una voz que cantaba aún entre toses:

*Sólo por verte a ver,
garrida y blanca paloma.*

Sólo por verte a ver...

La voz odiosa se perdió a lo lejos, en el interior de la casa. Daniel volvió a sentir pasos, y ya no esperó nada bueno. Le parecieron tan leves, que temió alguna broma del bárbaro. Tal vez le soltase el perro, el perro de Goyán, que tan terrible fama tenía. Pero no. Era ella. ¡Ella! ¿Qué hacías, corazón, que no lo adivinaste? ¿Cómo perdonarte jamás tan grave descuido?

—¡Daniel! ¡Daniel querido!

—¡Armida! ¡Mi Armidita!

¿Pero era su Armida de verdad? ¿Podían tres años cambiar tanto a una criatura? La dejó al marcharse pálida y flexible y la encontraba colorada y gruesa. La dejó con unos ojos enormes, aterciopelados, cuyas miradas tenían siempre la dulzura de una caricia, y ya nada de eso había allí. Tan sorprendido se quedó, que la muchacha no pudo dejar de advertirlo.

—Me encuentras muy cambiada.

Con pena de la pobre criatura, que ninguna culpa tenía de su cambio, suspiró. No; la encontraba igual, casi igual...

—Pero más gruesa...

—Un poco más gruesa, sí. Acaso por culpa tuya. ¡Me has dicho tantas veces que adelgazabas tanto!...

—Y te disgusta que no sea verdad.

Daniel tuvo entonces otra sorpresa; la sorpresa de aquella voz, dulce ciertamente, pero no tan suave, tan melodiosa como él creía. Hasta le pareció que trataba de censurarle su mal gusto por preferirla delgada. Un momento temió que se encontrase mejor así. Afortunadamente, se equivocaba. Mujer suscrita a periódicos de modas, tenía un concepto justo de la línea y pronto añadió con acento de protesta y de pena:

—¡Es el demonio! Desde que te fuiste, hecha un hilo todo el tiempo. Se me caía la ropa, tuve que estrechar todos los trajes... Y de repente, tan pronto me anuncias tu regreso, no sé si con la alegría, empiezo a engordar, a engordar...

(Continuará.)